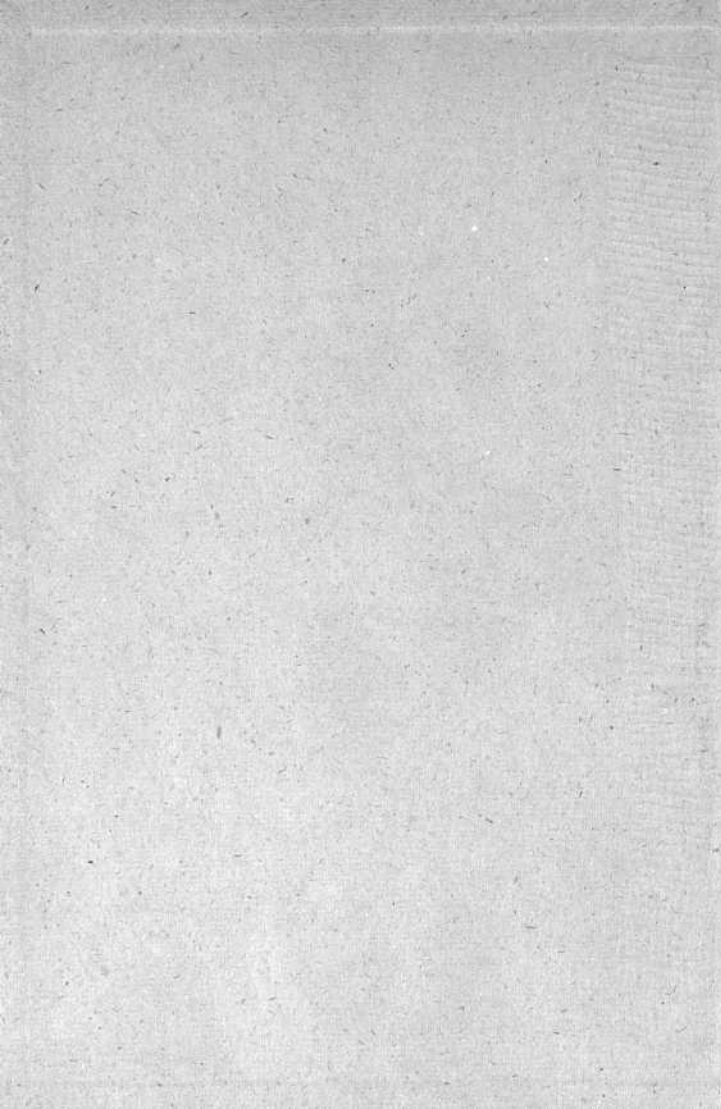




3

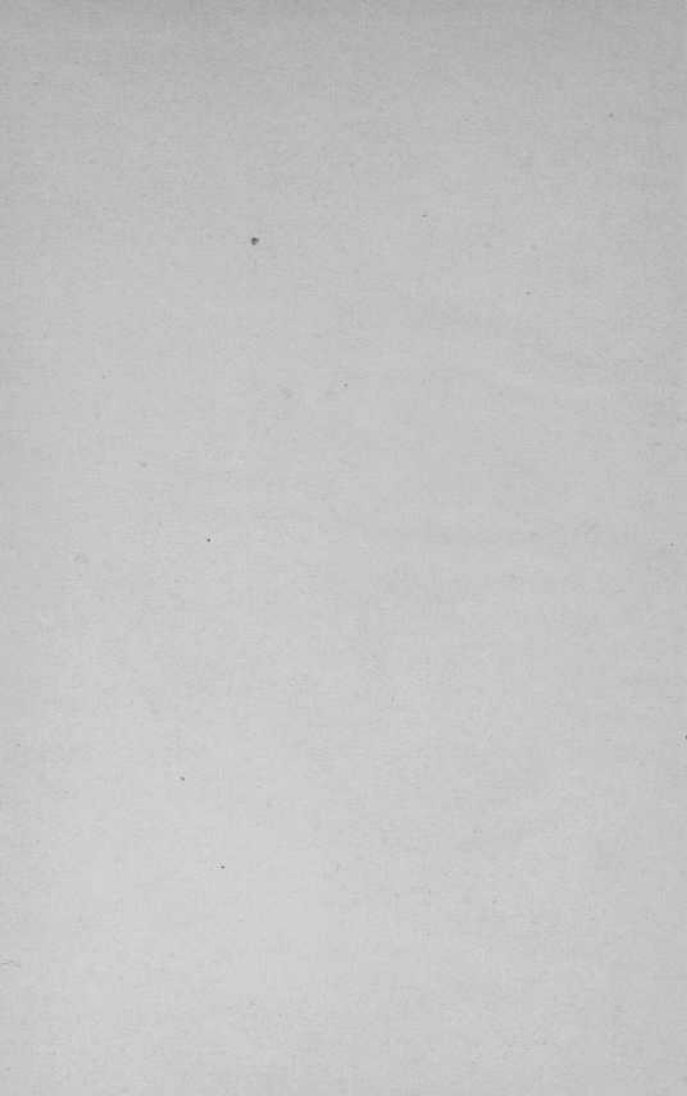


116668+

PL

1303





W. B. E. Jones
COLECCIÓN UNIVERSAL

G. Flaubert

—
TRES CUENTOS

MCMXIX

ES PROPIEDAD
Copyright by Calpe, 1919.

Papel fabricado especialmente por LA PAPELERA ESPAÑOLA.

COLECCIÓN UNIVERSAL

G. FLAUBERT

Tres cuentos

Un corazón sencillo. - La leyenda de
San Julián el Hospitalario. - Herodías

La traducción del francés ha
sido hecha por Luis Bello.



Fondo bibliográfico
Dionisio Ridruejo
Biblioteca Pública de Soria

MADRID-BARCELONA
MCMXIX

1303

Fondo bibliográfico
Donato Ribera
Biblioteca Pública de San

«Tipográfica Renovación» (C. A.), Larra, 8.—MADRID

Gustavo Flaubert nació en Rouen el año 1821. Pasó la mayor parte de su vida en su finca de Croisset, cerca de Rouen, a orillas del Sena, trabajando, puliendo, perfeccionando sus novelas, estudiando con amor y paciencia los tipos que creaba y los medios que describía.

"Flaubert—dice Lanson en su Historia de la literatura francesa—ha escrito dos o tres novelas que son lo más sólido que se ha hecho en este siglo."

Romántico de educación, admiraba a Víctor Hugo; por su odio a la burguesía, su afición a lo exótico y truculento, se acerca a Gautier y a Baudelaire. Pero su genio sale del Romanticismo y se le ha considerado como el fundador de la escuela naturalista en la novela, por su dominio de la técnica, su objetividad, su afán de exactitud, su detenido estudio de los caracteres y de los hechos. Aparenta que no quiere imponer la emoción, ni hacerle al lector confidencias, sino narrar, relatar, presentar la vida como ella es, confiado en que de los hechos surgirá la emoción correspondiente.

Su obra maestra—siendo todas ellas maestras—es Madame Bovary, de la que se ha dicho que es la mejor novela francesa del siglo XIX. Junto a Madame Bovary colócanse la Educación senti-

mental, Las tentaciones de San Antonio, Salambó y los Tres cuentos que ahora publicamos.

Sirve este libro—uno de los más perfectos en la totalidad de su obra—como ejemplo y modelo del espíritu y del procedimiento de Flaubert. Un corazón sencillo transcurre, lo mismo que Madame Bovary, en un rincón provinciano. Es la vida humilde de una pobre criada, vida de sacrificio, tejida de sucesos insignificantes, vulgares, alguna vez ridículos. Pero se engaña quien crea que esto es naturalismo a ras de tierra. Flaubert, cuya impasibilidad es aparente, exalta lo vulgar, magnifica el sentimiento de la pobre mujer, y de ese sacrificio mezquino llega a hacer una soberbia amplificación. No hay en Corazón sencillo menos lirismo que en las páginas maravillosas de La leyenda de San Julián el Hospitalario o en la reconstrucción histórica de Herodías, hermana de su magnífica Salambó. Pero en la Leyenda de San Julián culminan todas sus cualidades de artista, ya que la belleza del asunto deja amplio margen para desplegar toda la fuerza y el brillo espléndido de su estilo. En cualquiera de los Tres cuentos, Flaubert es un poeta, y su obra, apretada, concisa, es siempre un poema.

Gustavo Flaubert, que escribió pocos libros, debe ser situado entre los más fuertes de una generación hercúlea. Murió en 1880.

UN CORAZÓN SENCILLO

I

Durante medio siglo, las vecinas acomodadas de Pont-l'Évêque envidiaron a la señora Aubain por su criada Felicidad.

Por cien francos al año, guisaba, limpiaba la casa, lavaba, cosía y planchaba, sabía ensillar un caballo, cebar las aves, batir la manteca, y permanecía fiel a su ama, a pesar de que ésta no era una persona agradable.

Se había casado con un buen mozo sin dinero, que murió a principios de 1809, dejándola dos niños muy pequeños y bastantes deudas. Entonces vendió sus fincas, salvo la granja de Toucques y la de Sefloses, cuya renta ascendía a 5.000 francos, todo lo más, y dejó su casa de Saint-Melaine para habitar otra menos dispendiosa, que estaba detras del mercado y, en tiempos, había pertenecido a su familia.

Esta casa, con techo de pizarra, hallábase entre un pasaje y una callejuela que iban a desembocar en el río. Tenía por dentro diferencias de nivel, expuestas a tropiezos. Un vestíbulo estrecho separaba de la cocina la sala donde la se-

ñora Aubain se pasaba todo el santo día sentada a la ventana en un sillón de mimbre. Contra el zócalo, pintado de blanco, se alineaban ocho sillas de caoba. El viejo piano soportaba, bajo un barómetro, un montón piramidal de cajas y cartones. Dos poltronas de tapicería flanqueaban la chimenea, de mármol amarillo, estilo Luis XV. El reloj, en medio, representaba un templo de Vesta; y todo el cuarto trascendía algo a moho, porque el solado estaba más bajo que el jardín.

En el primer piso estaba, desde luego, el cuarto de "la señora", muy grande, revestido de un papel de flores pálidas y ornado con el retrato "del señor", en traje de lechuguino. Comunicaba con otra habitación más reducida, donde se veían dos cunitas de niño, sin colchones. Después venía el salón, siempre cerrado y lleno de muebles forrados de tela. Desde allí se iba por un corredor al gabinete de estudio; libros y papelotes guardaban los estantes de una biblioteca, que rodeaba por sus tres lados un ancho *bureau* de madera negra. Cubrían por completo las paredes dibujos a pluma, paisajes a la acuarela y grabados de Audran, recuerdos de mejores tiempos y de lujos desvanecidos. Una claraboya del segundo piso, con vistas a los prados, daba luz al cuarto de Felicidad.

Levantábase ésta con el alba para no perder su misa, y trabajaba hasta la noche sin interrupción; luego, servida ya la cena, limpia y en orden la vajilla y bien cerrada la puerta, escondía el

fuego bajo las cenizas y se dormía ante el hogar, con el rosario entre las manos. Nadie sabía regatear con más obstinación. En cuanto a limpieza, el brillo de sus cacerolas causaba la desesperación de las demás sirvientas. Ahorradora, comía despacio y recogía con los dedos, sobre la mesa, las migajas de su pan, un pan de doce libras, cocido a propósito para ella, y que duraba veinte días.

Llevaba en todo tiempo un pañuelo de india, sujeto a la espalda por un alfiler, un gorrito cubriéndola los cabellos, medias grises, falda roja y, sobre la camisola, un delantal con pechero, como las enfermeras de hospital.

II

Había tenido, como todas, su historia de amor.

Su padre, que era albañil, se había matado cayendo de un andamio. Luego murió su madre, dispersáronse las hermanas; un labrador la recogió y la dedicó desde pequeñita a guardar vacas en el campo. Tiritaba bajo los harapos, bebía boca abajo el agua de los charcos, por menos de nada la golpeaban, y al fin la despidieron por un robo de treinta sueldos que no había cometido. Entró en otra granja, donde fué moza de corral, y, como los amos estaban contentos con ella, sus compañeras la envidiaban.

Una noche de agosto—tenía entonces diez y ocho años—la arrastraron a la feria de Colleville.

Al pronto quedó aturdida, estupefacta por el estruendo de los murguistas, tanta luz en los árboles, tal mezclanza de vestidos, encajes, cruces de oro y tal confusión de gente saltando al mismo tiempo. Se mantenía apartada modestamente, cuando un muchacho de aspecto acomodado, que fumaba su pipa, de codos en la lanza de un carricoche, vino a invitarla a bailar. La convidó a sidra, a café, a bollos, la compró un pañuelo y, suponiendo que ella le había adivinado, se brindó a acompañarla. A orilla de un campo de arena la revolcó brutalmente. Ella tuvo miedo y empezó a gritar. El se alejó.

Otra noche, en el camino de Beaumont, quiso adelantar a una gran carreta de heno que avanzaba lentamente, y al pasar rozando las ruedas reconoció a Teodoro.

La abordó el mozo con aire tranquilo, diciendo que debía perdonárselo todo, porque "la culpa era de la bebida".

Ella no supo qué responder, y tenía ganas de escaparse.

En seguida habló de las cosechas y de los personajes del pueblo, porque su padre se había trasladado desde Colleville a la granja de los Ecots, de manera que ahora iban a ser vecinos. "¡Ah!"—dijo ella. Agregó él que pensaba casarle. Desde luego, él no tenía prisa y aguardaba a encontrar una mujer que le gustara. Ella bajó la cabeza. Entonces la preguntó si pensaba en el matrimonio. Ella contestó, sonriendo, que hacía mal en

burlarse. “¡No, no, te lo juro!”; y con el brazo izquierdo le rodeó la cintura; caminaba, sostenida por aquel abrazo, cada vez más despacio. El viento era tibio, brillaban las estrellas, bamboleábase ante ellos la enorme carretada de heno, y los cuatro caballos iban levantando a su paso nubes de polvo. Luego, sin que se lo mandaran, torcieron a la derecha. La besó él una vez más. Ella desapareció en la sombra.

A la semana siguiente consiguió Teodoro alguna cita.

Se encontraban en un rincón de los corrales, detrás de una tapia, bajo un árbol solitario. Ella no era inocente como pudiera serlo una señorita—los animales la habían instruído—; pero la razón y el instinto del honor la impidieron caer. Aquella resistencia exasperó el amor de Teodoro tanto que, para satisfacerlo—o acaso ingenuamente—, la propuso casarse con ella. Como vacilaba en creerle, hizo él grandes juramentos.

Pronto tuvo que confesarla algo enojoso; el año anterior sus padres le habían comprado un hombre; pero de un día a otro podían volver a llamarle; la idea de ir al servicio le espantaba. Esta cobardía fué para Felicidad una prueba de cariño, y así, redobló el suyo. Por la noche se escapaba, y llegando a la cita Teodoro la torturaba con sus inquietudes y súplicas.

Por último anunció que iría él mismo a la Prefectura a tomar informes, y los traería el domingo próximo, de once a doce de la noche.

Al llegar la hora corrió hacia su enamorado.

En vez de hallarle a él, encontró a un amigo suyo.

Este le dijo que ya no volvería a verle. Para librarse del servicio, Teodoro se había casado con una vieja muy rica, la señora Lehoussais, de Toucques.

Fué ésta una pena desatada. Se arrojó en tierra, gritó, llamó a Dios, lloró y gimió, completamente sola en el campo, hasta la salida del sol. Luego volvió a la granja, declaró su propósito de marcharse y al cabo de un mes, recibida ya su cuenta, guardó todos sus pobres avíos en un pañuelo, y se dirigió a Pont-l'Evêque.

Delante de la posada preguntó a una señora con capota de viuda, y que precisamente buscaba cocinera. La muchacha no sabía gran cosa; pero parecía tener tan buena voluntad y tan pocas exigencias, que la señora Aubain acabó por decirle:

*—¡Muy bien, la acepto a usted!

Un cuarto de hora después, Felicidad estaba instalada en su casa.

Al principio vivió allí en una especie de temblor, causado por "el tono de la casa" y el recuerdo del "señor" flotando sobre todo. Pablo y Virginia, de siete años el uno y la otra de cuatro escasos, le parecían formados de una materia preciosa; los llevaba a cuestras como un caballo, y a cada instante la señora Aubain la prohibía besarlos, lo cual la mortificaba. Sin embargo, era

feliz. La dulzura del medio había fundido su tristeza.

Todos los jueves venían algunos contertulios a jugar su partida de boston. Felicidad preparaba de antemano las cartas y los braserillos. Llegaban a las ocho en punto, y se retiraban antes de dar las once.

Los lunes por la mañana, el prendero que habitaba en el callejón instalaba en el suelo todo su hierro viejo. Luego se llenaba la ciudad de un murmullo de voces, con el que se mezclaban relinchos de caballos, balidos de ovejas, gruñidos de cerdos y a más el ruido seco de los carretones en la calle. Hacia el medio día, cuando el mercado estaba en lo mejor, se asomaba por los umbrales un aldeano viejo y espigado, con la gorra echada atrás, gran nariz aguileña... Era Robelin, el arrendatario de Sefloses. Poco después venía Liebard, el arrendatario de Toucques, pequeño, colorado y grueso, vestido de chaqueta gris y polainas, calzadas las espuelas.

Ambos ofrecían gallinas y quesos a la propietaria. Felicidad descubría invariablemente sus astucias, y se iban llenos de consideración hacia ella.

De vez en cuando, madama Aubain recibía la visita del marqués de Gremanville, tío suyo, arruinado por la crápula, que vivía en Falaise de la última parcela de sus tierras. Presentábase siempre a la hora del desayuno con un maldito perro de aguas, cuyas patas ensuciaban todos los muebles. A pesar de sus esfuerzos por parecer

un caballero, incluso descubriéndose siempre que decía: "Mi difunto padre", podía más la costumbre, se lanzaba a beber trago tras trago y soltaba inconveniencias. Felicidad, muy cortésmente, le empujaba hacia afuera. "Ya tiene usted bastante, señor de Gremanville. ¡Hasta otra vez." Y cerraba la puerta.

En cambio la abría con gusto para el señor Bourais, ex abogado. Su corbata blanca y su calva, la pechera de su camisa, su amplia levita clara, su manera de dar la mano arqueando el brazo, toda su persona le causaba la turbación en que nos sume el espectáculo de los hombres extraordinarios.

Como administraba las propiedades de "la señora", se encerraba con ella horas enteras en el gabinete del señor. Temía siempre comprometerse, respetaba infinito la magistratura y tenía ciertas pretensiones de latinista.

Para instruir a los niños de un modo agradable, les regaló una Geografía con láminas que representaban distintas escenas del globo terráqueo, antropófagos coronados de pluma, un mono llevándose a una señorita, beduinos en el desierto, una ballena que están arponeando, etc.

Pablo la explicaba todos estos grabados a Felicidad. Esa fué toda su educación literaria.

La de los niños estaba encomendada a Guyot, un pobre hombre empleado en la Alcaldía, famoso por su excelente letra.

Cuando hacía buen tiempo iban muy de maña-

na a la granja de Seflozes. El cercado está en pendiente, la casa en medio y el mar aparece a lo lejos como una mancha gris.

Felicidad sacaba de la cesta lonchas de fiambres, y desayunaban en una habitación continua a la lechería. Era este cuarto el último resto de lo que fué casa de recreo. El papel del muro, hecho jirones, temblaba con las corrientes de aire. La señora Aubain inclinaba la frente al peso de los recuerdos; los niños no se atrevían a hablar. "Pero ¿por qué no jugáis?"—les decía. Y los niños desfilaban.

Pablo subía al granero, cazaba pájaros, tiraba cantos para que resbalasen en la superficie de la charca o golpeaba con un palo las enormes pipas, que sonaban como tambores.

Virginia echaba de comer a los conejos, se precipitaba por coger florecillas, y la rapidez de sus piernas descubría los pantaloncitos bordados.

Una tarde de otoño volvían por los prados.

La luna, en su primer cuadrante, alumbraba parte del cielo, y una neblina flotaba a manera de banda sobre las sinuosidades del Toucques. Tendidos en medio de la hierba, los bueyes veían tranquilamente pasar aquellas cuatro personas. En el tercer prado algunos se levantaron, y luego se pusieron en círculo delante de ellas. "No tengan miedo", dijo Felicidad. Y murmurando una especie de queja, acarició en el espinazo al que estaba más cerca, con lo cual volvió grupas y los otros le imitaron. Pero cuando ya habían atra-

vesado otra pradera, oyeron un mugido formidable. Era un toro que estaba oculto por la niebla, y que avanzaba hacia las dos mujeres. La señora Aubain iba a correr. "¡No, no! ¡Más despacio!" Sin embargo apretaron el paso, oyendo detrás de ellas un resoplido sonoro que se acercaba. Las pesuñas golpeaban como martillos la hierba de la pradera; ¡ahora venía ya galopando! Felicidad se volvió, y con las dos manos arrancó terrones, que le tiró a los ojos. Bajaba la cerviz, sacudía los cuernos y temblaba de furor, mugiendo horriblemente. La señora Aubain, con los dos niños, había llegado a la linde de la pradera, y buscaba, aturdida, el modo de saltar al otro lado. Felicidad reculaba, siempre delante del toro, sin dejar de tirarle puñados de tierra, que le cegaban, y gritando al mismo tiempo: "¡A prisa, a prisa!"

La señora Aubain bajó la zanja, aupó a Virginia, luego a Pablo; cayó muchas veces antes de trepar a lo alto del talud, y, a fuerza de valor, lo consiguió.

El toro había acosado a Felicidad contra una cancela; le lanzaba la espuma hasta la cara; un segundo más, y la destrozaba. Tuvo tiempo ella de colarse entre dos barrotes, y el furioso animal, burlado, se detuvo.

De este acontecimiento se habló durante muchos años en Pont-l'Évêque. Felicidad no se envaneció por ello, ni sospechó siquiera que hubiese hecho nada heroico.

Tenía que pensar solamente en Virginia, que, a

consecuencia del susto, contrajo una afección nerviosa. El Sr. Poupart, el doctor, aconsejó los baños de mar de Trouville.

En aquel tiempo no eran frecuentados. La señora Aubain tomó informes, consultó a Bourais, hizo preparativos como para un largo viaje.

Envió la víspera el equipaje en el carro de Lillard. Este llevó al día siguiente dos caballos: uno con silla de mujer y respaldo de terciopelo; a la grupa del otro iba un capotón arrollado a manera de asiento. Allí subió la señora Aubain, detrás de él. Felicidad se encargó de Virginia, y Pablo cabalgó en el asno del señor Lechaptois, prestado a condición de llevarlo con mucho tiento.

El camino era tan malo, que sus ocho kilómetros exigieron dos horas. Hundíanse los caballos en el barro hasta las ranillas, y para salir tenían que hacer bruscos movimientos de ancas, o tropezaban en los relejes, y más de una vez tenían que saltar. La yegua de Liebard, al llegar a ciertos sitios, se paraba de pronto. Esperaba él con paciencia que echase a andar de nuevo, y hablaba de los dueños de aquellas tierras que cruzaban el camino, agregando reflexiones morales a su historia. Por ejemplo, al llegar a Toucques, como pasaran bajo las ventanas florecidas de campanillas, dijo, alzándose de hombros: "Pues ¿y la señora Lehoussais, que en lugar de coger un hombre joven..." Felicidad no oyó el resto; trotaban los caballos, el asno galopaba; enfilaron un sendero, giró una barrera, aparecieron dos mozos y se

apearon todos casi junto al estiércol en el mismo umbral de la puerta.

Prodigó la tía Liebard, al ver a su ama, las manifestaciones de alegría, y les sirvió un almuerzo en el que hubo un solomillo, callos, morcilla, un buen cochifrito de pollo, sidra espumosa, una tarta de compotas y ciruelas en aguardiente, acompañándolo todo de cumplimientos a la señora, que le parecía en muy buena salud; a la señorita, que se había puesto "magnífica"; al señorito Pablo, tan recio, sin olvidar a los difuntos abuelos que los Liebard habían conocido, ya que estaban al servicio de la familia desde hacía varias generaciones. La granja tenía, como ellos, un aspecto de antigüedad. Las vigas del techo estaban carcomidas; ahumadas, las paredes; las vidrieras, grises de polvo. Un aparador de encina sostenía toda clase de utensilios: jarras, platos, escudillas de estaño, cepos de lobo, esquiladoras para los borregos, una jeringa enorme que hacía reír a los niños... No había un árbol de tres horcas que no tuviera setas al pie, y en sus ramas una maraña de muérdago. El viento había derribado muchos, que volvían a brotar por el medio, y todos se encorvaban al peso de tantas manzanas. Los techos de paja, semejantes a terciopelo moreno y desiguales de espesor, resistían a las más fuertes borrascas. Sin embargo, la carretería iba cayéndose a pedazos. La señora Aubain dijo que ella avisaría, y encargó arneses nuevos para las bestias.

Caminaron todavía media hora antes de llegar

a Trouville. La pequeña caravana echó pie a tierra para pasar los *écors*, que era un acantilado estrelladero de barcos, y tres minutos más tarde, al final del muelle, entró en el patio de *El Carne-ro de Oro*, en casa de la tía David.

Con el cambio de aires y la acción de los baños, Virginia se sintió más fuerte desde los primeros días. Se bañaba en camisa, a falta de traje, y su niñera la vestía en un barracón de los aduaneros que servía para los bañistas.

Por las tardes iban con el burro más allá de las Rocas Negras, por la parte de Hennequeville. El camino subía, al principio, por terrenos en suave pendiente, alfombrados de césped como un parque; luego llegaba a una meseta en que con los prados alternaban las tierras de labor. A orilla del sendero, entre la maleza de espinos, se asomaban los acebos, de hoja puntiaguda, y aquí y allá un gran árbol muerto trazaba con sus ramas un ziszás en el aire azul.

Casi siempre descansaban en un prado, viendo a la izquierda Deauville, a la derecha el Havre, y el mar abierto enfrente. Brillaba al sol liso como un espejo, y tan manso que apenas se oía su murmullo; piaban gorriones invisibles, y la cúpula inmensa del cielo lo cubría todo. La señora Aubain, sentada, trabajaba en su labor de cultura. Virginia, a su lado, trenzaba juncos. Felicidad arrancaba flores de espliego. Pablo, que se aburría, quería marcharse.

Otras veces, después de pasar el Toucques en

barca, buscaban conchas. La marea baja dejaba al descubierto erizos, caracolas, medusas; y los niños corrían para coger los copos de espuma que el viento se llevaba. Las olas, soñolientas, caían sobre la arena, desplegándose por toda la playa, que se extendía hasta perderse de vista, y sólo del lado de tierra tenía por límite las dunas que la separaban del Matais, ancha pradera en forma de hipódromo. Cuando volvían por allí, Trouville, al fondo, iba agrandándose a cada paso, y visto desde lejos sobre la pendiente del ribazo, con sus casitas desiguales, parecía desvanecerse en alegre desorden.

Cuando hacía demasiado calor no salían de su cuarto. La deslumbradora claridad de fuera proyectaba unas barras de luz entre las hojas de las persianas. Ningún ruido en el pueblo. Abajo, por las aceras, nadie. Aquel silencio dilatado aumentaba la calma de las cosas. A lo lejos golpeaba el martillo de los calafates sobre las carenas, y una brisa pesada traía olor de alquitrán.

La principal diversión era el regreso de las barcas. En cuanto habían pasado las balizas comenzaban a bordear. Sus velas descendían a unos dos tercios de los palos, y con la mesana inflada como un globo avanzaban, resbalando entre el cabrilleo de las olas hasta en medio del puerto, donde caía el ancla de golpe. Luego se colocaba el barco junto al muelle. Los marineros echaban por encima de la borda los peces, palpitantes; una fila de carros los esperaba, y las mujeres, con su go-

rrero de algodón, se abalanzaban a coger las cestas y abrazar a sus hombres.

Un día, una de ellas se acercó a Felicidad, la cual poco después entró en el cuarto radiante de alegría. Había encontrado a una hermana suya, y traía la pobre Anastasia Barette, mujer de Leroux, con un mamón al pecho, otro niño de la mano y agarrado a las faldas un grumetillo con el puño en la cadera y la boina sobre la oreja. Al cabo de un cuarto de hora, la señora Aubin la despidió.

Se les encontraba siempre alrededor de la cocina o en los paseos que daban. El marido no aparecía nunca.

Felicidad les tomó cariño. Les compró una manta, camisas, un fogón; evidentemente, la explotaban. Esta debilidad molestaba a la señora Aubain, que, además, no veía con gusto las confianzas del sobrino—porque tuteaba a su hijo—, y como Virginia tosía y la temporada no era buena, regresó a Pont-l'Evêque.

Para la elección de colegio, dió su opinión al señor Bourais. El de Caen pasaba por ser el mejor. Allí enviaron a Pablo, que se despidió con muchos ánimos, contento de ir a vivir en una casa donde tendría otros compañeros.

La señora Aubain se resignó, puesto que era indispensable, a separarse de su hijo. Virginia fué poco a poco acostumbrándose, y Felicidad, que echaba de menos su algazara, tuvo una tarea más que vino a distraerla: desde Año Nuevo llevó todos los días la niña al Catecismo.

III

Después de hacer en la misma puerta una genuflexión, avanzaba entre la doble hilera de sillas, bajo la alta nave, abría el banco de la señora Aubain y paseaba los ojos a su alrededor.

Los muchachos a la derecha, las niñas a la izquierda, llenaban las sillas de coro; en pie, cerca del facistol, estaba el cura; en una vidriera del ábside, el Espíritu Santo coronando a la Virgen; otra representábala de rodillas ante el niño Jesús. Detrás del tabernáculo, una talla en madera mostraba a San Miguel aplastando al dragón.

Comenzó el sacerdote por hacer un resumen de la Historia Sagrada. A Felicidad le parecía ver el Paraíso, el diluvio, la torre de Babel, ciudades ardiendo, pueblos que morían, ídolos derribados; y conservó de aquel deslumbramiento el respeto al Altísimo y el temor de su cólera. Después, al escuchar la Pasión, lloró. ¿Por qué le habían crucificado a El, que amaba los niños, alimentaba los muchedumbres, sanaba a los ciegos y había querido, por humildad, nacer entre los pobres, sobre el estiércol de un establo? Simientes, mieses, lagares, todas estas cosas domésticas de que habla el Evangelio las tenía ella en su vida; Dios, al pasar, las había santificado, y así quiso con más ternura a los corderos por amor al Cordero, y a las palomas por causa del Espíritu Santo.

Costábala trabajo imaginar su persona: porque no era solamente pájaro, sino también fuego, y a

veces, soplo. Puede que sea su luz la que revolotea de noche a orilla de los pantanos, su aliento el que empuja a las nubes, su voz la que da armonía a las campanas. Y se quedaba extasiada, gozando la frescura de las paredes y la tranquilidad de la iglesia.

En cuanto a dogmas no comprendía nada, ni aun trataba de comprender. El cura discurría, los niños recitaban, ella acababa por dormirse y se despertaba de pronto cuando, al marcharse todos, hacían resonar las losas con sus zuecos.

Así, a fuerza de oírlo, fué como aprendió el Catecismo, ya que su educación religiosa había sido, en la juventud, muy descuidada; y desde entonces, imitó las distintas prácticas de Virginia; ayunaba como ella, se confesaba al mismo tiempo que ella. El día del Corpus hicieron juntas su altar.

La primera comunión la atormentó por anticipado. Se preocupó de los zapatos, del rosario, del libro, de los guantes. ¡Con qué temblor ayudó a su madre a vestirla!

Durante toda la misa sufrió continua angustia. El señor Bourais la tapaba un lado del coro; pero, frente por frente, el rebaño de vírgenes, con sus coronas blancas y sus velos caídos, formaba como un campo de nieve; y en él reconoció desde lejos a su niña querida, en el cuello, más fino, y en la actitud recogida. Sólo la campana. Inclináronse las frentes; hubo un silencio. Al desatarse el órgano, cantores y muchedumbre entonaron el *Agnus Dei*; comenzó el desfile de los muchachos, y

luego las niñas se levantaron. Paso a paso, cogidas de la mano, iban hacia el altar, resplandeciente de luces, se arrodillaban en el primer escalón, recibían la hostia una tras otra, y en el mismo orden volvían a sus reclinatorios. Cuando le llegó el turno a Virginia, Felicidad se inclinó para verla, y con la imaginación que da el cariño verdadero le pareció que aquella niña era ella misma, aquel rostro se convertía en el suyo, su traje la vestía; le latía en el pecho su corazón, y en el momento de abrir la boca, cerrando los párpados, le faltó poco para desmayarse.

Al día siguiente, muy temprano, se presentó en la sacristía para que el señor cura la diera la comunión. La recibió devotamente, pero no gozó las mismas delicias.

La señora Aubain quiso hacer de su hija una persona correcta, y como Guyot no podía enseñarle el inglés ni la música, resolvió llevarla al colegio de las Ursulinas de Honfleur.

La niña no objetó nada. Felicidad suspiraba, pensando que la señora era insensible. Luego creyó que acaso tuviera razón su ama, porque de aquellas cosas ella no entendía.

Por fin, una mañana se detuvo ante la puerta una berlina vieja, y se apeó la monja que venía en busca de la señorita. Felicidad subió el equipaje a la baca, hizo sus recomendaciones al cochero y colocó en el cofre seis botes de confituras y una docena de peras con un ramo de violetas.

Ya en el último momento, Virginia sintió que

la ahogaba un sollozo muy grande; abrazó a su madre, que la besaba en la frente, repitiendo: "¡Vamos! ¡Animo! ¡Animo!" Levantaron el estribo, y partió el carruaje.

Entonces tuvo la señora Aubain un desfallecimiento, y por la noche, todos sus amigos, el matrimonio Lormeau, la señora Lechaptois, *aquellas* señoritas Rochefenille, el señor Houpeville y Bourais se presentaron para consolarla.

La falta de su hija le fué al principio muy dolorosa. Pero recibía carta tres veces por semana; los otros días escribía ella; paseaba por su jardín, leía un poco y de este modo llenaba el vacío de sus horas.

Ya, por costumbre, Felicidad entraba en el cuarto de Virginia, por las mañanas, y miraba las paredes. La ponía de mal humor no tener que peinarla, ni atarle sus botines, ni sentarse a la cabecera de su lecho, y no ver ya de continuo su figura gentil, no llevarla ya de la mano cuando salían juntas. Por no estar ociosa trató de hacer encaje; pero sus dedos, demasiado torpes, rompían los hilos; no servía para nada, había perdido el sueño; según su frase, estaba "consumida".

Por "distraerse", pidió permiso para que fuera a verla su sobrino Víctor.

Llegó el domingo después de misa, las mejillas rosadas, el pecho desnudo y trascendiendo al aroma del campo que acababa de atravesar. En seguida le puso su cubierto. Almorzaron uno frente a otro, y comiendo ella lo menos posible

para ahorrar el gasto; tanto le llenó el buche, que el muchacho acabó por dormirse. Al primer toque de vísperas le despertó, cepilló su pantalón, anudó su corbata y se dirigió a la iglesia, apoyada en su brazo con un orgullo maternal.

Sus padres le encargaban siempre que llevara algo: un paquete de azúcar, jabón, aguardiente, y a veces hasta dinero. Llevaba sus avíos para que los remendara, y ella aceptaba esa tarea, contenta, porque era un motivo que le obligaba a volver.

En el mes de agosto, su padre se le llevó al cabotaje.

Era la época de vacaciones. La llegada de los niños la consoló. Pero Pablo volvía caprichoso, y Virginia no tenía ya edad para seguir tuteándola, y esto alzó una molestia, una barrera entre ellos.

Víctor fué sucesivamente a Morfaix, a Dunkerque y a Brighton; al volver de cada viaje la ofrecía un regalo. La primera vez fué una caja de conchas; la segunda, una taza para café; la tercera, un monigote de pan de especias. Iba haciéndose un guapo mozo, de muy buen talle, con su poco de bigote, sus ojos francos y su sombrero de cuero, echado hacia atrás como le llevan los pilotos. La divertía contándole historias salpicadas de términos marinos.

Un lunes, 14 de julio de 1819—no olvidaba ella la fecha—, Víctor anunció que se había alistado para un viaje largo, y que dos días después saldría por la noche en el paquebote de Honfleur para embarcar en su goleta, que iba a zarpar muy

pronto del Havre. Probablemente, tardaría dos años en volver.

La perspectiva de una ausencia tan larga desconsoló a Felicidad; y para despedirle otra vez, el miércoles por la noche, después de comer la señora, se calzó sus chanclos y se tragó las cuatro leguas que hay desde Pont-l'Evêque a Honfleur.

Cuando llegó delante del Calvario, en vez de tomar a la derecha, tomó a la izquierda; se perdió en los astilleros, volvió sobre sus pasos y las gentes a quienes preguntaba la excitaban a ir más de prisa. Dió la vuelta a la dársena, llena de navíos; tropezó en las amarras; luego bajaba el terreno, se entrecruzaban luces y creyó que se había vuelto loca viendo volar unos caballos por el aire.

Otros relinchaban al borde del muelle, espantados del mar. La polea que se los llevaba iba metiéndolos en un barco donde se agolpaban los viajeros entre barricas de sidra, cestos de queso, sacos de trigo; cacareaban las gallinas, el capitán juraba y un grumete permanecía de codos sobre la serviola, indiferente a todo aquello. Felicidad, que no le había reconocido, gritaba: "¡Víctor!" Levantó él la cabeza, y cuando ella se abalanzaba, retiraron la escala de pronto.

El paquebote, halado por mujeres que cantaban, salió del puerto. Crujían sus cuadernas cuando las olas plumizas azotaban su proa. Vuelta la vela, ya no se vió a nadie, y sobre el mar plateado por la luna formó una mancha negra que iba palideciendo, hundiéndose... Desapareció.

Al pasar cerca del Calvario, Felicidad quiso encomendar a Dios al que ella más quería, y rezó mucho tiempo, de pie, bañada de lágrimas la cara, y los ojos mirando a las nubes. Dormía la ciudad, paseaban los aduaneros y el agua caía sin parar por los agujeros de la esclusa con un ruido de torrente. Dieron las dos.

El locutorio no se abriría antes de amanecer. Un retraso seguramente disgustaría a la señora, y se volvió, a pesar de su deseo de abrazar al otro niño. Cuando ella entraba en Pont-l'Evêque se despertaban las criadas de la Hostelería.

¡El pobre muchacho iba a dar tumbos sobre las olas meses y meses! Los viajes anteriores no la habían asustado. De Inglaterra y de Bretaña se vuelve; pero América, las colonias, las islas, todo eso estaba perdido en una región vaga al otro lado del mundo.

Desde entonces, Felicidad pensó exclusivamente en su sobrino. Los días de sol se torturaba acordándose de la sed; cuando hacía tormenta temía que le cayera un rayo. Oyendo al viento mugir en la chimenea y arrastrar las tejas, le veía azotado por aquella misma tempestad, en lo alto de un mástil roto, echado atrás todo el cuerpo bajo un manto de espuma; y también—recuerdos de la geografía con láminas—le veía a veces comido por los salvajes, raptado en un bosque por los monos o muriéndose en una playa desierta. Y nunca hablaba de sus inquietudes.

Otras tenía la señora Aubain por su hija.

Las buenas hermanas decían de ella que era muy cariñosa, pero delicada. La menor emoción la debilitaba. Fué necesario dejar el piano.

Su madre exigía del convento que escribiesen con regularidad. Una mañana, el cartero no venía, y ella se impacientó, paseando por la sala, desde su sillón a la ventana. ¡Era realmente extraño! ¡Cuatro días sin noticias!

Para que se consolara con su ejemplo, Felicidad le dijo:

—¡Yo, señora, hace ya seis meses que no las recibo!...

—¿Pero de quién?

La criada replicó dulcemente:

—¡Pues... de mi sobrino!

—¡Ah! ¡Del sobrino!

Y encogiéndose de hombros, la señora Aubain volvió a sus paseos, lo cual quería decir: "No me acordaba de eso... y además, ¡me río yo! Un grumete, un perdido... ¡valiente cosa! ¡Mientras que mi hija! ¡Imagínese usted!"...

Aun estando curtida contra las palabras duras, Felicidad se indignó contra la señora; luego olvidó.

Le parecía muy natural perder la cabeza tratándose de la niña.

Ambas criaturas tenían la misma importancia para ella: las unía un lazo de su corazón, y sus destinos debían ser iguales.

El farmacéutico la comunicó que el barco de Víctor había llegado a la Habana. Acababa de leer la noticia en una Gaceta.

Imaginaba ella, viendo los cigarros, que la Habana debía de ser un país donde no se hace otra cosa más que fumar, y que Víctor pasearía entre los negros envuelto en una nube de tabaco. ¿Podría, “en caso de necesidad”, volverse por tierra? ¿A qué distancia estaba eso de Pont-l'Evêque? Para saberlo interrogó al señor Bourais.

Alcanzó éste su Atlas, y empezó a darla explicaciones sobre latitudes y longitudes, gozando con una sonrisita pedantesca la estupefacción de Felicidad. Al fin, señaló con el portalápiz un punto negro, imperceptible entre los trazos que encerraban una mancha ovalada, y dijo: “Aquí.” Se inclinó sobre el mapa; aquella red de líneas de colores fatigaba sus ojos, sin enseñarla nada, y como Bourais la animase a decir qué dificultad encontraba, ella rogó que le enseñase la casa en que vivía Víctor. Bourais levantó los brazos, estornudó, ríe enormemente; tanto candor excitaba su regocijo, y Felicidad no comprendía el motivo, esperando, sin duda, ver allí el retrato de su sobrino; ¡tan limitada era su inteligencia!

Fué quince días después cuando Liebard entró en la cocina, a la hora del mercadò, como de costumbre, y la entregó una carta que enviaba su cuñado. Como ninguno de los dos sabía leer, tuvo que recurrir a su ama.

La señora Aubain, que contaba las mallas de su labor, la dejó a un lado, abrió la carta, se estremeció y en voz baja, con una mirada profunda:

—Es una desgracia... que la anuncian a usted. Su sobrino...

Había muerto. No decían más.

Felicidad cayó sobre una silla, apoyó la cabeza en la pared y cerró los párpados, que, de pronto, se le pusieron rojos. Luego, con la frente baja, caídas las manos y los ojos fijos, repetía a intervalos:

—¡Pobre hijo mío! ¡Pobre hijo mío!

Liebard la miraba, exhalando suspiros. La señora Aubain temblaba un poco.

La propuso ir a Trouville para ver a su hermana.

Felicidad respondió con un gesto que no hacía falta.

Hubo un silencio. Liebard, un buen hombre, juzgó conveniente retirarse.

Entonces dijo ella:

—¡Esto a ellos no les importa nada!

Volvió a inclinar la cabeza y a levantar maquinalmente, de vez en cuando, las agujas largas de la mesita de costura.

Pasaron entonces por el patio unas mujeres con angarillas, donde llevaban la ropa goteando.

Al verlas, por entre los cristales, se acordó de que el día antes había echado la ropa blanca en lejía, y hoy era preciso aclararla, y salió de la habitación.

Su tabla y su tonel estaban a orillas del Touques. Tiró sobre el ribazo un montón de camisas, se remangó los brazos, cogió su pala y desde los

jardines de al lado se oían los fuertes golpes que daba Felicidad. Las praderas solitarias, el viento rizando la superficie del río, en el fondo largos hierbajos inclinándose como cabelleras de cadáveres flotantes en el agua... Conteníá su dolor, y fué valiente hasta la noche; pero al llegar a su cuarto se entregó, y allí cayó de bruces sobre el colchón, con el rostro en la almohada y los dos puños en las mejillas.

Mucho más adelante, por el mismo capitán de Víctor, supo cómo había ocurrido todo. Le sangraron demasiado en el hospital, por la fiebre amarilla. Cuatro médicos le sostenían a un tiempo. Había muerto inmediatamente, y el jefe había dicho:

—¡Bueno! ¡Uno más!

Sus padres le habían tratado siempre con barbarie. Prefería no volver a verlos, y ellos no lo intentaron tampoco, por olvido o por insensibilidad de gente miserable.

Virginia se debilitaba.

Opresiones, tos, una fiebre continua y las mejillas jaspeadas, revelaban alguna profunda lesión. El señor Poupart había aconsejado una larga temporada en Provenza. La señora Aubain se decidió a ello, y a no ser por el clima de Pont-l'Évéque se hubiera llevado en seguida su hija a casa.

Hizo un trato con un alquilador de carruajes, que la llevaba al convento todos los martes. Hay en el jardín una terraza desde donde se divisa el Sena. Allí paseaba Virginia de su brazo, pisando

sobre los pámpanos caídos. Veía a lo lejos pasar las velas y todo el horizonte, desde el castillo de Taucarville hasta los faros del Havre, y alguna vez el sol, a través de las nubes, la obligaba a guiñar los párpados. Luego descansaban a la sombra del emparrado. Su madre había traído un frasquito de excelente vino de Málaga, y riendo ante la idea de achisparse, la niña bebía dos dedos tan solo.

Volvió a sentirse con fuerzas. Pasó el otoño dulcemente, y fué tranquilizándose la señora Aubain. Pero una tarde en que Felicidad había salido a hacer un encargo por las cercanías, al volver encontró delante de la puerta el cochecito del señor Poupart, y a éste en el vestíbulo. La señora Aubain salía, prendiéndose el sombrero.

—¡Venga mi calientapiés, mi bolsa, mis guantes!... ¡De prisa, más de prisa!

Virginia tenía una fluxión de pecho; quizá ya no hubiera remedio.

—¡Todavía, no!—dijo el médico.

Y ambos subieron al carruaje, entre los copos de nieve que revoloteaban. Se acercaba la noche, y hacía mucho frío.

Felicidad se precipitó en la iglesia para encender un cirio. Luego corrió detrás del *cabriolet*, que alcanzó una hora más tarde; saltó ágilmente a la trasera, donde aguantaba los traqueteos, hasta que se le ocurrió una reflexión: "El patio no lo he cerrado. ¿Y si entraran ladrones?" Y se volvió a apear.

Con el alba del día siguiente se presentó en casa del médico. Había regresado, pero estaba otra vez en el campo. Suponiendo que alguien podría traerla una carta, permaneció en la posada, hasta que al apuntar el día tomó la diligencia de Lissieux.

Estaba el convento al final de una callejuela empinada. Por el camino oyó la campana doblando a muerto. "Será por otro"—pensó—, y Felicidad tiró con violencia del aldabón.

Al cabo de algunos minutos llega arrastrando los pies, gira la puerta y aparece una monja.

La hermanita, con aire compungido, dice: "¡Acaba de expirar!"; y al mismo tiempo dobla la campana de San Leonardo.

Felicidad subió al segundo piso.

Desde el umbral del cuarto divisó a Virginia, tendida de espaldas, las manos juntas, entreabierta la boca y echada hacia atrás la cabeza, al pie de una cruz negra que se inclinaba sobre ella y entre los paños inmóviles, no tan lívidos como su rostro. La señora Aubain, tendidos los brazos sobre el lecho, lanzaba sollozos de agonía. La superiora estaba en pie, a la derecha. Tres candeleros lucían encima de la cómoda, como tres manchas rojas, y la niebla blanqueaba las ventanas. Las monjas se llevaron a la señora Aubain.

Dos noches seguidas estuvo Felicidad sin separarse de la muerta. Repetía las mismas oraciones, echaba agua bendita sobre la mortaja, volvía a sentarse y la contemplaba. Al terminar la primera

velada notó que se le ponía la cara amarilla, azulaban los labios, aguzábase la nariz y se la hundían los ojos. Los besó muchas veces, y si Virginia los hubiera vuelto a abrir no habría experimentado una sorpresa inmensa, porque para almas como la suya lo sobrenatural es muy sencillo. Ella la amortajó, envolviéndola en un lienzo, depositándola en su ataúd, poniéndola una corona y extendiéndola sus cabellos, que eran muy rubios y extraordinariamente largos para su edad. Cortó un mechón grande, y escondió la mitad en el pecho, resuelta a no abandonarlo nunca.

El cuerpo fué conducido a Pont-l'Evêque, según los deseos de la señora Aubain, que siguió el cortejo en un coche cerrado.

Después de la misa, faltaban todavía tres cuartos de hora para llegar al cementerio. Pablo marchaba delante, sollozando. Detrás el señor Bourais, luego los principales vecinos, cubiertas las mujeres con mantos negros, y entre ellas Felicidad. Pensaba en su sobrino, y como no había podido rendirle los mismos honores, sentía las dos tristezas igual que si enterrase a un tiempo al uno y al otro.

La desesperación de la señora Aubain no tuvo límites.

Al principio se rebeló contra Dios, hallando injusto que se le llevara su hija, ¡la pobre niña que nunca había hecho daño a nadie, y que tenía la conciencia tan pura! Pero no. Ella hubiera debido llevársela al Mediodía, o quizá otros médicos

la habrían salvado. Se acusaba a sí misma, quería morir también, gritaba con angustia en medio de sus pesadillas. Una, sobre todo, la obsesionaba. Su marido, vestido de marinero, volvía de un largo viaje, y la decía llorando que había recibido orden de llevarse a Virginia. Entonces se concertaban para buscar un escondrijo en cualquier parte.

Cierta vez volvió del jardín sobresaltada. Acababa de verlos—y señalaba el sitio—; se le habían aparecido el padre y la hija, uno junto al otro, sin decir nada, mirándola nada más.

Durante muchos veces permaneció en su cuarto sin moverse. Felicidad la sermoneaba suavemente. Era preciso cuidarse, por su hijo y por la otra, en recuerdo de ella.

—¿Ella?—repetía la señora Aubain, como si despertara—. ¡Ah! ¡Sí! ¡Sí!... ¡No la olvidéis!

Alusión al cementerio, que la habían prohibido terminantemente.

Felicidad iba todos los días.

A las cuatro en punto, bordeando las casas, subía la cuesta, abría la verja y llegaba ante la tumba de Virginia. Era una columnita de mármol rosado, con una losa al pie y cadenas alrededor para cerrar un jardincito. Los arriates desaparecían, cubiertos de flores. Ella regaba las hojas, mudaba la arena, se ponía de rodillas para labrar mejor la tierra. Cuando pudo ir la señora Aubain experimentó un alivio, una especie de consuelo.

Luego transcurrieron los años, iguales a sí mis-

mos, sin más episodios que la vuelta de las fiestas mayores: Pascuas, la Asunción, el día de Todos los Santos. Acontecimientos domésticos señalaban una fecha a la que más adelante habían de referirse. Así, en 1827, cayó en el patio un trozo de techado, y a poco mata a un hombre. El verano de 1828 correspondió a la señora ofrecer el pan bendito; hacia esa época, Bourais se ausentó misteriosamente, y poco a poco fueron yéndose las viejas relaciones: Guyot, Liebard, la señora Lechaptois, Robelín, el tío Gremanville, paralítico desde hacía mucho tiempo.

Una noche, el conductor de la valija anunció en Pont-l'Evêque la revolución de julio. Pocos días después fué nombrado subprefecto nuevo. El barón de Larsonnière, ex cónsul en América, con el cual vinieron, además de su mujer, la cuñada y tres señoritas ya bastante crecidas. Se las veía en la hierba del jardín vestidas de blusas flotantes; tenían un negro y un papagayo. Visitaron a la señora Aubain, y ella no faltó en devolverlas la visita. Por muy lejos que aparecieran, Felicidad corría para prevenirla. Pero sólo había en el mundo una cosa capaz de conmoverla: las cartas de su hijo.

Este no podía seguir ninguna carrera, porque se pasaba el tiempo en casinos y cafés. Pagaba la madre sus deudas, y él contraía otras; y los suspiros que exhalaba la señora Aubain haciendo su labor a la ventana, llegaban hasta Felicidad, que hilaba en la cocina.

Se paseaban las dos juntas detrás de las tapias, y hablaban siempre de Virginia, preguntándose si tal cosa la hubiera gustado, o lo que hubiera dicho, probablemente, en tal ocasión.

Todo lo suyo estaba en un armario de la alcoba grande, y la señora Aubain lo inspeccionaba con la menor frecuencia posible. Un día de estío se decidió, y al abrir el mueble volaron unas mariposas.

Los vestidos estaban alineados bajo un tablero en el que había tres muñecas, aros, una casita y la jofaina que ella usaba. Sacaron también faldas, medias, pañuelos, y los tendieron sobre los dos lechos antes de doblarlos. Alumbraba el sol aquellas tristes prendas, dejando ver las manchas y los pliegues formados por los movimientos del cuerpo. El aire era cálido y azul; piaba un mirlo; todo parecía vivir en una profunda dulzura. Encontraron un sombrero de felpa peluda, color marrón; pero estaba todo comido de bichos. Felicidad lo reclamó para ella. Se miraron una a otra, y los ojos se les llenaron de lágrimas. Por fin el ama abrió los brazos, y la criada se arrojó en ellos, y se estrecharon dando suelta a su dolor en un beso que las igualaba.

Era la primera vez en su vida, porque la señora Aubain no había sido nunca de natural expansivo. Felicidad se lo agradeció como si fuera un beneficio, y desde entonces la quiso con abnegación brutal y veneración religiosa.

La bondad de su corazón iba desarrollándose.

Cuando oía redoblar en la calle los tambores de un regimiento, salía a la puerta con un jarro de sidra y daba de beber a los soldados. Cuidó a los coléricos. Protegió a los polacos, y hasta hubo uno que quiso casarse con ella, pero riñeron, porque una mañana, al volver del *Angelus*, le encontró en la cocina, donde se había metido para aderezarse una vinagreta que se estaba comiendo tranquilamente.

Después de los polacos, fué el tío Colmiche, un viejo que pasaba por haber hecho horrores el 93. Vivía a orillas del río, en los escombros de una pocilga. Los chiquillos le miraban por las rendijas de la pared y le tiraban piedras que caían en su camastro, donde yacía, sacudido continuamente por una tos crónica; los cabellos muy largos, las pupilas inflamadas y en el brazo un tumor más gordo que su cabeza. Ella le procuró ropa, trató de limpiar su cuchitril, trató de instalarle en el horno, sin molestar a la señora. Cuando reventó el cáncer le colocaba al sol en un montón de paja, y el pobre viejo, babeando y temblando, le daba las gracias con su voz cascada, y temiendo perderla alargaba las manos en cuanto la veía alejarse. Murió, y ella mandó decir una misa por el reposo de su alma.

Ese día le ocurrió una gran ventura, y fué que a la hora de comer se presentó el negro de la señora de Larsonnière, llevando al papagayo en su jaula, con el palo, la cadena y el candado. Una carta de la baronesa anunciaba a la señora Au-

bain que, habiendo ascendido su esposo a una prefectura, salían aquella misma tarde, y la rogaba que aceptase el pájaro como un recuerdo y en testimonio de sus respetos.

Largo tiempo hacía que ocupaba la imaginación de Felicidad, porque venía de América, y esta palabra le recordaba a Víctor, tanto que, para enterarse bien, le preguntaba al negro. Una vez llegó a decir: "Es la señora la que se alegraría mucho de tenerlo."

El negro había referido la conversación a su ama, quien, no pudiendo llevárselo, se libraba de él de esta manera.

IV

Se llamaba Lulú. Su cuerpo era verde; el cabo de sus alas, rosa; la frente, azul, y el buche, dorado.

Pero tenía la pesada manía de morder su soporte, de arrancarse las plumas, desparramar sus inmundicias, verter el agua de la pila. A la señora Aubain le molestaba, y se lo dió para siempre a Felicidad.

Emprendió ésta la tarea de enseñarle. Pronto repitió: "¡Lorito real!", "Servidor de usted!", "Dios te salve, María!" Se le puso junto a la puerta, y muchos se asombraron de que no respondiera al nombre de Perico, ya que todos los papagayos se llaman Perico. Le comparaban a un pavo, a un tronco; y era como si la pinchasen a

Felicidad. ¡Extraña obstinación la de Lulú, que en cuanto le miraban ya no hablaba palabra!

Ni tampoco buscaba la buena sociedad, porque los domingos, mientras las señoritas Rochefenille, el señor de Houppesville y nuevos contertulios: Oufrouy, el boticario, el señor Variu y el capitán Mathieu, jugaban su partida a las cartas, el papagayo golpeaba los cristales con las alas y se debatía tan furiosamente, que era imposible entenderse.

La cara de Bourais, indudablemente debía de parecerle muy divertida. En cuanto se asomaba rompía a reír, a reír con todas sus fuerzas. Los estallidos de su risa saltaban hasta el patio, el eco los repetía, asomábanse los vecinos a sus ventanas y reían también; de modo que para no ser visto del papagayo, el señor Bourais se escurría pegado a la pared, disimulando su perfil con el sombrero, llegaba al río, luego entraba por la puerta del jardín, y las miradas que le lanzaba al parrajaco no eran muy cariñosas.

Lulú había recibido un papirotazo del carnicero, porque se permitió meter la cabeza en su cesta, y desde entonces, siempre trataba de picarle a través de la camisa. Talu amenazaba con retorcerle el pescuezo, y no por eso era cruel, a pesar de llevar los brazos tatuados y de sus formidables patillas; al contrario, tenía más bien debilidad por el papagayo, hasta el punto de querer enseñarle, por buen humor, juramentos y palabrotas. Felicidad, asustada de su mala educa-

ción, colocó el loro en la cocina. Le quitó luego la cadenita, y andaba por toda la casa.

Cuando bajaba la escalera, apoyaba sobre los peldaños la curva de su pico, levantaba la pata derecha, después la izquierda, y Felicidad tenía miedo de que aquella gimnasia llegara a causarle mareos. Se puso enfermo; ya no podía hablar ni comer. Tenía debajo de la lengua un bulto, como les pasa a las gallinas. Ella le curó arrancándole esa película con las uñas. Pablo cometió un día la imprudencia de echarle a las narices el humo de su cigarro. Otra vez que la señora Lormeau le hostigó con la punta de su sombrilla, le atacó la viruela. Por último se perdió.

Para refrescarle le había puesto sobre la hierba. Se ausentó un momento, y cuando volvió, ¡allí había estado el papagayo! Primero le buscó entre las zarzas, a orilla del agua y por los tejados, sin escuchar a su ama que le gritaba: "¡Pero tenga cuidado! ¡Está usted loca!" En seguida inspeccionó todos los jardines de Pont-l'Evêque, y detenía a los transeuntes. "¿Usted no habrá visto alguna vez por casualidad a mi papagayo?" A los que no conocían el papagayo se lo describía. De pronto, la pareció ver detrás de los molinos, por la cuesta abajo, una cosa verde que revoloteaba. Pero al volver cuesta arriba, ¡nada! Un buhonero la aseguró que acababa de verle en San Melanio, en la tienda de la tía Simón. Corrió allá. Nadie sabía de lo que hablaba. Por último regresó rendida, con los zapatos ro-

tos y frío en el corazón. Sentada en un banco, cerca de la señora, estaba contándola todas sus pesquisas cuando sintió que la caía sobre el hombro un suave peso. ¡Lulú! ¿Qué demonio había hecho? ¡De seguro había estado paseándose por los alrededores!

Tardó mucho en reponerse; mejor dicho, no se repuso nunca.

A consecuencia de un resfriado, padeció de anginas; poco tiempo después, un mal de oídos. Tres años más tarde se quedó sorda, y hablaba muy alto, hasta en la iglesia. Aunque sus pecados hubieran podido divulgarse por todos los rincones de la diócesis sin deshonor para ella ni inconveniente para el mundo, el señor cura juzgó oportuno no recibir ya su confesión más que en la sacristía.

Zumbidos ilusorios acababan de aturdira. A menudo la decía su ama:

—¡Dios mío, qué tonta es usted!

Y ella contestaba:

—Sí, señora.

Y se ponía a buscar cualquier cosa a su alrededor.

El estrecho círculo de sus ideas iba reduciéndose cada vez más, y el son de las campanas, el mugir de los bueyes ya no existían. Todos los seres funcionaban con silencio de fantasmas. Sólo un ruido llegaba ya hasta sus oídos: la voz del papagayo.

Como para distraerla, reproducía el tic-tac de

la rueda del asador, el pregón agudo del pescadero, la sierra del carpintero de enfrente, y cuando sonaba la campanilla remedaba a la señora Aubain: "Felicidad, ¡la puerta, la puerta!"

Tenían sus diálogos, él repitiendo hasta la saciedad las tres frases de su repertorio, y ella contestando con palabras sin enlace, pero en las que desbordaba su corazón. En aquel aislamiento, Lulú era para ella casi un hijo, un enamorado. Trepaba por sus dedos, mordisqueaba sus labios, se colgaba de su pañuelo, y como ella inclinaba la frente balanceando la cabeza, como hacen las nodrizas, las grandes alas de su toca y las alas del pájaro palpitaban juntas.

Cuando se amontonaban las nubes y retumbaba el trueno, sus chillidos decían que acaso se acordara de las tormentas de sus bosques natales. Si el agua llovía a chorros, revoloteaba desconcertado, subía al techo, lo tiraba todo, y por la ventana se iba a chapotear al jardín; pero pronto se refugiaba otra vez en los morillos de la chimenea, y, saltando para secarse las plumas, tan pronto enseñaba la cola como el pico.

Una mañana del terrible invierno de 1837 se le encontró muerto en su jaula, junto al fuego, donde ella le había puesto para preservarle del frío, cabeza abajo y con las uñas en los alambres. ¿Le había matado una congestión? Felicidad creyó en un envenenamiento por medio del perejil, y, a pesar de la carencia absoluta de pruebas, sus sospechas recayeron sobre Talu.

Lloró tanto, que su ama la dijo:

—Bueno, mujer; ¡mándeles embalsamar!

Pidió consejo al farmacéutico, que siempre había sido bueno con el papagayo.

Escribió al Havre. Cierta señor Fellacher se encargó de esa operación. Pero como la diligencia perdía algunas veces los encargos, decidió llevarlo ella misma hasta Honfleur.

Los manzanos, sin hojas, sucedíanse a orilla del camino. Cubría el hielo las cunetas. Ladraban los perros alrededor de las granjas, y ella, con sus zuecos negros y su cabás, bien abrigadas las manos bajo la manteleta, caminaba ágilmente por mitad de la carretera.

Atravesó el bosque, pasó el Encinar Alto y llegó a Saint-Satien.

Detrás de ella, envuelta en una nube de polvo y precipitada por la pendiente, la diligencia bajaba a todo galope como una tromba. Viendo que aquella mujer no se apartaba, el conductor se levantó por encima de la capota, el mayoral gritaba también, y los cuatro caballos, que él no podía contener, aceleraban su carrera; los dos delanteros pasaban rozándola, y entonces, con una sacudida de las riendas, logró echarlos hacia la cuneta; pero, furioso, alzó el brazo, y con su gran látigo la cimbró tal golpe desde el vientre a la nuca, que la tumbó de espaldas.

Su primer cuidado apenas recobró el conocimiento fué abrir la cesta. Lulú no se había hecho nada, por fortuna. Sintió como una quemadura en

la mejilla derecha, y al llevarse las manos vió que estaban rojas. Corría la sangre.

Sentada sobre un metro de grava, se vendó la cara con el pañuelo, luego se comió un bocado de pan que había puesto en el cesto por precaución, y se consoló de su herida mirando al pájaro.

Al llegar a lo alto de Equemauville, divisó las luces de Honfleur, que centelleaban en la noche como un montón de estrellas; a lo lejos, el mar se tendía confusamente. Entonces sintió una emoción que la paralizaba: y la miseria de su infancia, la decepción del primer amor, la despedida de su sobrino, la muerte de Virginia, como si fueran olas de una misma marea, volvían todas a un tiempo y, subiéndose a la garganta, la ahogaban.

Luego quiso hablar al capitán del barco, y sin decirle lo que enviaba, se lo dejó bien recomendado.

Fellacher tuvo mucho tiempo el papagayo. Siempre ofrecía despacharlo para la semana próxima. Al cabo de seis meses anunció la salida de una caja; pero no había tal cosa. Era para sospechar que Lulú ya no volvería nunca. "¡Me le habrán robado!", pensaba ella.

Al fin llegó, y espléndido, posado sobre la rama de un árbol que se ajustaba a un zócalo de caoba, una pata en el aire, la cabeza oblicua y mordiendo una nuez que el disecador había sobredorado por amor a la magnificencia.

Felicidad le encerró en su cuarto.

Aquel sitio, donde admitía a muy poca gente,

tenía al mismo tiempo aspecto de capilla y de bazar, tan lleno estaba de objetos religiosos y de cosas heteróclitas.

Un armario grande estorbaba al abrir la puerta. Frente a la ventana que daba al jardín miraba al patio un tragaluz; su mesa, cerca del catre de tijera, sostenía una jarra de agua, dos peines y un pedazo de jabón azul en un plato desportillado. En las paredes había puesto rosarios, medallas, varias vírgenes milagrosas, una pililla de agua bendita hecha de corteza de coco; encima de la cómoda, tapada con paños, como un altar, la caja de conchas que la había regalado Víctor; luego una regadera y un balón, cuadernos de escritura, la geografía de estampas, un par de botinas y en el clavo del espejo, colgado de sus cintas, el sombrerito de felpa. Tan lejos llevaba Felicidad esa especie de veneración, que conservaba hasta una de las levitas del señor. Todas las antiguallas que no quería ya la señora Aubain, iba ella guardándolas en su cuarto. Por eso había allí flores artificiales al lado de la cómoda, y el retrato del conde de Artois en el fondo del tragaluz.

Lulú quedó bien colocado por medio de una tabla en el saliente de una chimenea que pasaba por el cuarto. Al despertarse, todas las mañanas, le veía al resplandor del alba, y se acordaba entonces de los días que no volverían ya, reproducía hasta en sus menores detalles acciones insignificantes, todo ello sin dolor, llena de tranquilidad.

Como no hablaba con nadie, vivía igual que una

sonámbula, embotada, acorchada. Sólo las procesiones del Corpus la reanimaban. Iba a casa de las vecinas en busca de candelabros y esterillas para adornar el altarcito que levantaban en su calle.

En la iglesia, siempre que miraba al Espíritu Santo, la parecía ver que tenía algo del papagayo. La semejanza se le antojó todavía más patente en una imagen de Epinal, que representa el bautismo de Nuestro Señor; con sus alas de púrpura y su cuerpo de esmeralda, es verdaderamente el retrato de Lulú.

Compró esa imagen y la colocó en lugar del conde de Artois, en tal forma, que de una sola ojeada los veía a entrambos. Así se asociaban en su pensamiento, y el papagayo se halló santificado por esa relación con el Espíritu Santo, el cual aparecía desde entonces a sus ojos más vivo y más inteligible. Para anunciarse, el Padre Eterno no pudo escoger una paloma, puesto que estos animalitos no tienen voz, sino más bien algún antepasado de Lulú. Y Felicidad rezaba mirando a la imagen; pero de vez en cuando se volvía un poco hacia el pájaro.

Tuvo deseos de meterse en la Congregación de la Virgen, pero la señora Aubain la disuadió.

Ocurrió luego un acontecimiento importante: el matrimonio de Pablo.

Después de haber sido pasante de notaría, de asomarse al comercio, las aduanas, la exacción de tributos y de haber hecho gestiones para aguas y

bosques, a los treinta y seis años, de pronto, por inspiración divina, había descubierto su verdadero camino: ¡el registro!, y mostraba tan altas facultades, que un perito le había ofrecido una hija suya, prometiéndole su protección.

Pablo, convertido en hombre serio, la llevó a casa de su madre.

Ella denigró las costumbres de Pont-l'Evêque, se dió aires de princesa, ofendió a Felicidad. Cuando se fué, la señora Aubain sintió un gran alivio.

A la semana siguiente se supo la muerte de M. Bourais en una posada de la baja Bretaña. Pronto se confirmó el rumor de un suicidio; surgieron dudas acerca de su probidad. La señora Aubain estudió sus cuentas, y no tardó en conocer la letanía de sus maldades: malversación de atrasos, venta simulada de maderas, recibos falsos, etcétera. Además tenía un hijo natural y "relaciones con cierta persona de Dozulé".

Estas infamias la afligieron mucho. En el mes de marzo de 1853 fué acometida de un dolor en el pecho; parecía tener la lengua cubierta de humo; no se calmó la opresión con las sanguijuelas, y a la novena noche murió, de edad de setenta y dos años.

No la creían tan vieja, sin duda por los cabellos oscuros que rodeaban a uno y otro lado su cara pálida, señalada por la viruela. Pocos amigos la sintieron, porque su trato era de una sequedad que alejaba.

Felicidad la lloró como no se llora a los amos. Eso de que la señora muriese antes que ella, perturbaba sus ideas, le parecía contrario al orden de las cosas, inadmisibile y monstruoso.

Diez días después—el tiempo preciso para llegar de Besançon—comparecieron los herederos. La nuera revolvió los cajones, escogió muebles, vendió otros, y en seguida se volvieron al registro.

El butacón de la señora, su velador, su braserillo, las ocho sillas, ¡todo se lo llevaron! El sitio de los grabados se dibujaba entre ventana y ventana por rectángulos amarillos. Se llevaron las dos cunitas, con sus colchones, y en la alacena no quedaba ya nada de todas las cosas de Virginia. Felicidad iba de un piso a otro, borracha de tristeza.

Al día siguiente pusieron en la puerta un cartel, y el boticario la gritó al oído que la casa estaba en venta.

Vaciló sobre sus piernas y tuvo que sentarse.

Lo que la desolaba más que todo era abandonar su cuarto, tan cómodo para el pobre Lulú. Envolviéndole en una mirada de angustia, imploró al Espíritu Santo, y contrajo el hábito idólatra de rezar sus oraciones arrodillada delante del papagayo. Alguna vez el sol, entrando por la claraboya, hería en el círculo de cristal y hacía brotar un gran rayo luminoso que la sumergía en éxtasis.

Su ama la había legado una renta de trescientos

tos ochenta francos. El jardín la proveía de legumbres. En cuanto a ropa, tenía la necesaria para vestirse hasta el fin de sus días, y ahorraba luz acostándose al anochecer.

Apenas salía, por no ver la tienda del prendero donde se exhibían algunos muebles de los de casa.

Desde su accidente arrastraba una pierna, y como sus fuerzas disminuían, la tía Simón, arruinada en su comercio, iba todas las mañanas a partir la leña y subir agua.

Sus ojos se debilitaron. No abría ya las persianas. Pasaron muchos años, y la casa no se alquilaba ni se vendía.

Por miedo a que la despidieran, Felicidad no solicitaba ninguna reparación. Las vigas del techo se pudrían; su mismo almohadón se mojó durante todo el invierno. Después de Pascuas escupió sangre.

Entonces la tía Simón recurrió al médico. Felicidad quiso saber lo que tenía. Pero como era demasiado sorda, sólo pudo coger una palabra: "Pneumonía." La conocía ya, y replicó dulcemente: "¡Ah, como la señora!" Sin duda, le parecía natural seguir a su ama.

Llegaba el día de los altares.

El primero lo ponían siembre abajo de la cuesta, el segundo delante del correo, el tercero a mitad de la calle. Con tal motivo estallaban rivalidades, y las vecinas de la parroquia escogieron, por último, el patio de la señora Aubain.

Las opresiones y la fiebre aumentaban, y Felicidad se desconsolaba viendo que ella no hacía nada por el altar. ¡Si al menos pudiera llevar alguna cosa! Entonces pensó en el papagayo. Esto no les pareció a los vecinos precedente; pero el cura concedió su permiso, y ella se puso tan contenta que le rogó aceptase la herencia de Lulú, es decir, todos sus bienes cuando muriera.

Del martes al sábado, víspera del Corpus, tosió con más frecuencia. Por la noche su rostro estaba agarrotado, sus labios se pegaban a las encías, aparecieron los vómitos, y, al día siguiente, al amanecer, sintiéndose muy deprimida, mandó llamar a un sacerdote.

Tres buenas mujeres la rodeaban mientras la Extremaunción. Luego declaró que tenía necesidad de hablar a Talu.

Llegó vestido con el traje de los domingos, molesto de encontrarse en aquella atmósfera lúgubre.

—Perdóneme—dijo ella, esforzándose por tenderle la mano—. Yo he creído que era usted el que le había matado.

¿Qué significaban semejantes chismes? ¡Sospechar que había cometido un crimen! ¡Un hombre como él!, y se indignaba y hubiera armado un alboroto. “Pero bien lo veis. ¡No sabe ya lo que dice.”

De vez en cuando, Felicidad hablaba con las sombras. Alejáronse las buenas mujeres, y almorzó Simona.

Poco más tarde cogió a Lulú, y acercándosele a Felicidad:

—¡Vamos! ¡Despídase de él!

Aunque no fuera un cadáver, los gusanos le devoraban: tenía rota un ala, y por el vientre se le salía la estopa. Pero, ciega ya, le besó en la frente y le estrechó contra su mejilla. La Simona se le llevó otra vez para ponerle en el altar.

V

Enviaban los prados olor a verano, zumbaban las moscas; el sol hacía brillar el río y caldeaba las pizarras. Durmióse dulcemente la tía Simona. Dos campanas la despertaron. Era la salida de vísperas. Cedió el delirio de Felicidad, y, pensando en la procesión, la veía como si fuera siguiéndola.

Todos los niños de las escuelas, los cantores y los bomberos iban por las aceras, mientras avanzaban por medio del arroyo, primeramente, el suizo armado de su alabarda, el bedel con una gran cruz, el profesor vigilando los pequeños, la monja inquieta con sus niñas; tres de las más menudas, rizadas como ángeles, arrojaban al aire pétalos de rosa; el diácono, con los brazos separados, contenía a los músicos, y dos turiferarios incensaban a cada paso al Santo Sacramento, que, bajo palio de terciopelo carmesí, conducido por cuatro mayordomos, llevaba el señor cura, re-

vestido de su hermosa casulla. Una ola de gente agolpábase detrás de ellos, entre las blancas colgaduras que alegraban las calles; y así llegaron a la parte más baja de la cuesta.

Un sudor frío humedecía las sienes de Felicidad. Simona la enjugaba con un lienzo, diciéndose que algún día ella había de pasar también por aquel trance.

El murmullo de la multitud aumentaba; fué un momento muy fuerte; se alejaba.

Una descarga hizo estremecer los cristales. Eran los postillones que saludaban al altar. Giró sus pupilas Felicidad, y preguntó lo menos bajo que pudo:

—¿Está bien?—preocupada siempre con el pagayo.

Era la agonía. Un estertor cada vez más precipitado la levantaba las costillas. Borbotones de espuma venían a las comisuras de la boca, y temblaba todo su cuerpo.

Pronto se distinguió el resoplar de los trombones, las claras voces infantiles, la voz profunda de los hombres. Todo callaba por intervalos, y el latir de los pasos, que las flores amortiguaban, parecía el ruido de un rebaño sobre la hierba.

Por fin apareció el clero en el patio. La Simona trepó a una silla para llegar a la claraboya, y de esta manera dominaba el reclinatorio.

Verdes guirnaldas pendían del altar, ornado de un falbalá de punto de Inglaterra. Había en medio un cuadrito que contenía reliquias, dos na-

ranjos en las esquinas y, a todo lo largo, candelabros de plata y vasos de porcelana, en los que se erguían girasoles, lirios, peonías, digitales y manojos de hortensias. Este montón de colores deslumbrantes bajaba oblicuo desde el primer piso hasta el tapiz que se extendía sobre las losas, y en él atraían la mirada muchos objetos raros. Un azucarero de plata sobredorada sostenía una corona de violetas; arracadas de piedras de Alençon brillaban sobre el musgo; dos pantallas japonesas lucían sus paisajes, y Luiú, oculto bajo las rosas, no dejaba ver más que su frente añil, semejante a una placa de lápiz-lázuli.

Mayordomos, chantres y niños situáronse en fila a los tres lados del patio. El sacerdote subió despacio los peldaños, y puso sobre los encajes del altar su gran sol de oro luciente. Todos se arrodillaron. Hubo un momento de silencio. Los incensarios, lanzados a todo vuelo, giraban sobre sus cadenitas.

Transparente vapor azul subió hasta el cuarto de Felicidad. Ensanchó las ventanas de la nariz, aspirando con sensualidad mística, luego cerró los párpados. Sus labios sonreían. Los latidos de su corazón iban retardándose uno a uno, cada vez más vagos, más dulces, como se agota una fuente, como desaparece un eco; y al exhalar el último suspiro creyó ella ver en los cielos, entreabiertos, un papagayo gigantesco volando sobre su cabeza.

LA LEYENDA DE SAN JULIAN EL HOSPITALARIO

I

El padre y la madre de Julián habitaban en un castillo en medio de los bosques, sobre la pendiente de una colina.

Las cuatro torres angulares tenían el techo puntiagudo, recubierto de escamas de plomo, y los muros descansaban por su base en los canchales de las rocas, abruptamente despeñadas hasta las escarpas del foso.

Las piedras del patio de armas estaban limpias como el enlosado de una iglesia. Largos canalones, en figura de dragón boca abajo, escupían el agua de lluvia hacia la cisterna, y al borde de las ventanas, en todos los pisos, en tiestos de arcilla pintada, abríanse al sol basiliscos o heliotropos.

Otro recinto, labrado de piedra, abrazaba primero un vergel de árboles frutales, en seguida, un parterre cuyas combinaciones de flores dibujaban letras, luego un emparrado con toldo para tomar el fresco y un juego de bolos para divertimento

de los pajes. Al otro lado estaban la perrera, las cuadras, la panadería, el lagar y las trojes. El césped de una verde pradera se extendía todo alrededor, y acababa cerrándose con fuerte vallado de espinos.

Tanto tiempo llevaban viviendo en paz, que el rastrillo no se bajaba; los fosos estaban llenos de agua, las golondrinas anidaban en las grietas de las almenas, y el arquero, que se paseaba todo el día sobre la cortina, cuando el sol brillaba con demasiada fuerza, penetraba en su atalaya y se dormía como un fraile.

Dentro, los hierros relucían por todas partes; en las estancias, grandes tapices protegían contra el frío; los armarios rebosaban de ropa; toneles de vino apilábanse en las bodegas; los cofres de encina rechinaban bajo el peso de las talegas de plata.

En la sala de armas, entre los estandartes y las pieles de bestias feroces, dormían armas de todos los tiempos y todas las naciones, desde las hondas de los amalecitas y las jabalinas de los saramantes, hasta los alfanjes sarracenos y la cota de malla normanda.

En el asador grande de la cocina podían asar un toro; la capilla era suntuosa como el oratorio de un rey. Hasta tenían en lugar apartado una estufa a la romana; pero el señor se privaba del baño considerando que era un uso de idólatras.

Siempre envuelto en una pelliza de zorro, pa-

seábase por su mansión, administraba justicia a sus vasallos, apaciguaba las querellas de sus vecinos. Durante el invierno miraba caer los copos de nieve o hacía que le leyeran historias. Apenas comenzaba el buen tiempo se iba, montado en su mula, por los senderos, orilla de los trigos que verdeaban, y conversaba con los villanos, dándoles buenos consejos. Después de muchas aventuras había tomado por mujer una señorita de noble linaje.

Era muy blanca, seria y un poco altiva. Los cuernos de su tocado rozaban el dintel de las puertas; la cola de su vestido de paño arrastraba tres pasos detrás de ella. Su servicio estaba regulado como el interior de un monasterio: todas las mañanas repartía ella misma la faena a sus criadas, vigilaba las confituras y los ungüentos, hilaba en su rueca o bordaba lienzos de altar. En fuerza de rogar a Dios, la llegó un hijo.

Entonces hubo grandes festejos y una comida que duró tres días y cuatro noches, iluminada por antorchas al son de las arpas sobre una alfombra de hojas. Se comió allí, con las más raras especias, gallinas grandes como corderos; por diversión, salió un enano de un pastel, y, como las escudillas no bastaban porque la muchedumbre aumentaba siempre, fué forzoso beber en los olifantes y en los cascos.

La recién parida no asistió a esas fiestas. Permanecía en su lecho, tranquilamente. Una noche se despertó, y a la luz de la luna que entraba por

la ventana vió como una sombra movediza. Era un viejecito en hábito de sayal, con su rosario al costado, la alforja al hombro y toda la apariencia de un eremita. Se aproximó a su cabecera, y la dijo sin despegar los labios:

—¡Regocíjate, oh, madre! ¡Tu hijo será santo!

Iba a gritar la dama; pero, resbalando por el rayo de luna, se elevó en el aire, suavemente, y desapareció. Los cánticos del banquete estallaban con fuerza. Oyó ella la voz de los ángeles, y su cabeza cayó sobre la almohada, dominada por un hueso de mártir en su marco de carbunclos.

Preguntados todos los servidores al día siguiente, declararon que ellos no habían visto al ermitaño. Sueño o realidad, aquello debía de ser aviso del cielo; pero cuidó de no decir palabra por miedo a que la acusaran del pecado de orgullo.

Los convidados se fueron al amanecer, y el padre de Julián hallábase fuera de la poterna, donde acababa de despedir al último, cuando, de pronto, un mendigo se alzó ante él, entre la niebla. Era un bohemio de barba revuelta, con aros de plata en ambos brazos y las pupilas llameantes. Con aire inspirado, balbuceó estas palabras sin ilación:

—¡Ah, tu hijo!... ¡Mucha sangre!... ¡Mucha gloria!... ¡Siempre afortunado!... La familia de un emperador!

Inclinándose para recoger su limosna, se perdió entre la hierba y se desvaneció.

El buen castellano miró a derecha e izquierda, gritó cuanto pudo. ¡Nadie! El viento silbaba; iban huyendo las brumas de la mañana.

Atribuyó esta visión a fatiga de su cabeza por haber dormido demasiado poco. "Si hablo de ello se burlarán de mí", se dijo. Sin embargo, los esplendores a que su hijo estaba destinado le deslumbraban, aun cuando la promesa no fuese muy clara y hasta dudase de haberla oído.

Marido y mujer se ocultaron su secreto. Pero ambos querían al niño con un amor igual, y, respetándole como elegido de Dios, tuvieron para su persona cuidados infinitos. Descansaba en su cuna sobre el más fino plumón; una lámpara, en forma de paloma, ardía continuamente; tres nodrizas le mecían; y bien fajado en sus mantillas, la carita rosa y los ojos azules, con su manto de brocado y su capillo cuajado de perlas, parecía un niño Jesús. Los dientes le brotaron sin que llorara una sola vez.

Cuando tuvo siete años, su madre le enseñó a cantar. Para hacerle valeroso, su padre le montaba en un caballo grande. El niño sonreía de contento, y no tardó en saber todo lo que concierne a los jinetes diestros.

Un fraile viejo y muy sabio le enseñó las sagradas escrituras, la numeración de los árabes, las letras latinas y a trazar sobre vitelas delicadas pinturas. Trabajaban juntos, lejos del ruido, en lo alto de una torrecilla.

Terminada la lección bajaban al jardín, don-

de, paseándose sosegadamente, estudiaban las flores.

A veces, caminando por lo más hondo del valle, veían una hilera de bestias de carga, conducidas por un peatón ataviado a lo oriental. El castellano conocía que era un mercader, y le mandaba a su encuentro algún criado. Tomando confianza, el extranjero se desviaba de su ruta, e introducido en el locutorio sacaba de sus cofres piezas de terciopelo y seda, orfebrerías, aromas, cosas extrañas de uso desconocido; luego, el hombre se iba con su buena ganancia, sin haber sufrido ninguna violencia.

Otras veces llamaba a la puerta tropel de peregrinos. Sus vestidos mojados humeaban delante del hogar, y cuando ya estaban confortados relataban sus viajes; las naves perdidas sobre el mar espumeante, las caminatas a pie por las arenas abrasadas, la ferocidad de los paganos, las cavernas de Siria, el pesebre de Belén y el Santo Sepulcro. Luego daban al joven señor conchas de sus hábitos.

Con frecuencia festejaba el castellano a sus viejos compañeros de armas. Bebían, y mientras recordaban sus guerras, los asaltos de fortalezas con las máquinas de batir, las prodigiosas heridas. Al oírlas, Julián lanzaba grandes gritos, y su padre no tenía duda de que más tarde llegaría a ser un conquistador. Pero por la noche, como salía del *Angelus*, al pasar entre los humildes mendicantes, acudía a su escarcela con aire tan noble

y tanta modestia, que su madre daba por seguro que habría de verle con el tiempo arzobispo.

Su sitio en la capilla estaba al lado de los padres, y, por largos que fuesen los oficios, permanecía de rodillas sobre su reclinatorio, la gorra en tierra y las manos juntas.

Un día, durante la misa, vió, al levantar la cabeza, a una ratita blanca que salía de un agujero del muro. Correteó por el primer escalón del altar, y tras dos o tres vueltas a la derecha y a la izquierda, se escondió en el mismo sitio. Al domingo siguiente, la idea de que acaso volviera a verla le disgustaba. Salió, en efecto, y todos los domingos la esperaba, tan molesto, que acabó por tomarle odio y resolvió deshacerse de ella.

Cerrando antes la puerta y sembrando por los peldaños las migajas de un bollo, se apostó delante del agujero con una varita en la mano.

Al cabo de mucho rato apareció un hocico rosado, y luego la rata entera. Descargó un ligero golpe, y se quedó estupefacto ante aquel cuerpecito que ya no se movía. Una gota de sangre manchó la losa. La limpió muy de prisa, con su manga, tiró fuera la rata y no dijo nada a nadie.

Pajarillos de toda especie picoteaban los granos del jardín. Imaginó meter guisantes en una caña hueca, y cuando los oía piar en un árbol se acercaba despacio; luego alzaba su tubo, inflaba las mejillas y los animalitos le llovían sobre los

hombros tan copiosamente, que reía sin poderse contener, satisfecho de la malicia.

Una mañana, como volviera por la cortina de la muralla, vió sobre la cresta almenada un palomo grande que se engallaba al sol. Julián se detuvo para mirarle; en aquel sitio tenía una brecha la pared, y había guijarros al alcance de la mano.

Sacudió el brazo, y la piedra derribó al pájaro, que cayó a plomo en el foso.

Desgarrándose en las zarzas, huroneándolo todo, más ligero que un can joven, se precipitó hasta lo hondo.

El palomo, con las alas rotas, palpitaba colgado de las ramas de un ligustro.

La persistencia de su vida irritó al niño. Se lanzó a estrangularle, y las convulsiones del pájaro hacían latir su corazón, llenándole de salvaje y tumultuosa voluptuosidad. Al último estremecimiento se sintió desfallecer.

Por la noche, durante la cena, su padre declaró que ya estaba en edad de aprender la montería; y fué a buscar un viejo cuaderno manuscrito que encerraba todo el deporte de la caza en preguntas y respuestas. Un maestro enseñó en él a su discípulo el arte de educar los perros y adiestrar los halcones, de tender lazos, de cómo reconocer al ciervo en su vaho, al zorro en sus huellas, al lobo en sus escarbaduras; el mejor medio de discernir sus caminos, de qué manera se les lanza, dónde se encuentran habitualmente sus re-

fugios, cuáles son los vientos más propicios, con enumeración de las vocerías y de las reglas de la ralea.

Cuando Julián pudo recitar de memoria todas esas cosas, su padre le arregló una jauría.

Primero se veían veinticuatro lebreles berberiscos, más veloces que gacelas, pero propensos a desbocarse; luego diez y siete parejas de perros bretones, rayados de blanco sobre fondo rojo, de crédito bien ganado, fuertes de pecho y grandes ladradores. Para atacar al jabalí y para las refriegas peligrosas había cuarenta grifos, peludos como osos. Mastines de Tartaria, casi tan altos como asnos, color de fuego, largo espinazo y el jarrete recto, estaban destinados a perseguir los uros; la negra piel de los españoles lucía como el raso; el ladrido agudo de los talbots compensaba el de los podencos sochantres. En un patio aparte gruñían, sacudiendo su cadena y rodando las pupilas, ocho dogos alanos, animales formidables que saltan al vientre de los caballeros y no tienen miedo de los leones.

Todos comían pan candéal, bebían en pilas de piedra y llevaban un nombre sonoro.

La cetrería aventajaba quizá a la jauría; el buen padre había conseguido a fuerza de oro azores tercielos del Cáucaso, sacres de Babilonia, jerifaltes de Alemania y halcones peregrinos capturados sobre los cantiles, orilla de los mares fríos, en países remotos. Se guarecían en un cobertizo de bálago, y, colgados por orden de tamaños so-

bre su alcándara, tenían delante de ellos un montón de hierba donde les ponían de vez en cuando para desentumecerlos.

Bolsas, anzuelos, trampas de hierro, toda clase de ingenios fueron fabricados.

A menudo llevaban al campo perros perdigueros, que pronto se ponían de muestra. Entonces los picadores, avanzando pasito a paso, extendían con precaución sobre sus cuerpos impasibles una red inmensa. A la voz de mando, ladraban; las perdices levantaban el vuelo, y las damas de los contornos, invitadas con sus maridos, los niños, las camareras, todo el mundo se arrojaba sobre ellas y las cogía fácilmente.

Otras veces, para levantar liebres redoblaban el tambor. Abrían fosos para los zorros, o bien preparaban un resorte que, al aflojarse, atrapaba un lobo por la pata.

Pero Julián despreciaba tan cómodos artificios, y prefería cazar lejos de todos con su caballo y su halcón. Era casi siempre un magnífico azor de Escitia, blanco como la nieve. Su capuchón de cuero remataba en un penacho. Cascabeles de oro temblaban en sus patas azules, y se mantenía derecho en el brazo del amo cuando iba devorando la llanura al galope de su caballo. Julián desataba sus correas y le soltaba de pronto; el ave audaz subía en el aire recta como una flecha, y se veían dos manchas desiguales voltear, juntarse, luego desaparecer en las alturas del azul. El halcón no tardaba en bajar desgarrando alguna

presa, y volvía a colocarse en la guanteleta, con las dos alas palpitantes.

Julián dió caza de este modo a la garza real, al milano, a la corneja y al buitre.

Le placía seguir a sus perros, resonando la trompa, cuando corrían por la vertiente de las colinas, saltaban los arroyos y subían hacia el bosque; y cuando el ciervo comenzaba a gemir, lleno de mordeduras, él le remataba prestamente; luego se deleitaba en la furia de los mastines que le devoraban, descuartizado sobre su misma piel humeante.

Los días de niebla se perdía en un pantano para acechar a los patos, las nutrias y los ánades.

Tres palafreneros le esperaban al rayar el alba al pie de la grada, y ya podía el buen monje asomarse en su tragaluz y hacerle señas para que volviera. Julián no se detenía. Salía con el rigor del sol, lloviendo a mares, en medio de la tormenta; bebía el agua de los manantiales en la mano, comía, cabalgando, manzanas silvestres; si estaba fatigado, descansaba al pie de una encina, y volvía a media noche, cubierto de sangre y de barro, con espinas en los cabellos y trascendiendo al olor de las bestias feroces. Llegó a ser como ellas. Cuando su madre le besaba, Julián aceptaba fríamente su abrazo como si estuviera soñando en cosas recónditas.

Mató los osos a cuchilladas, los toros con el hacha, los jabalíes con venablo; y hasta una vez, como sólo tuviera en la mano un palo, se defen-

dió contra los lobos, que estaban royendo unos cadáveres al pie de una horca.

Cierta mañana de invierno salió antes del alba, bien equipado, su ballesta al hombro, su haz de flechas en el arzón de la silla.

El trotón danés, seguido de dos zarceros, caminando con paso igual, hacía resonar el suelo. Gotas de escarcha se pegaban a la capa; soplabá una brisa violenta. Un lado del horizonte se iluminaba, y al resplandor del crepúsculo vió brincar a los conejos en la boca de sus madrigueras. Los dos perrillos se abalanzaron sobre ellos, y a éste y al otro rápidamente les partieron el espinazo.

En seguida penetró en un bosque. En la punta de una rama dormía con la cabeza bajo el ala un gallo silvestre, entumecido por el frío. Julián, de un revés, le segó con su espada las dos patas, y sin detenerse continuó su camino.

Tres horas después se halló en la cima de una montaña tan alta, que el cielo parecía casi negro. Delante de él bajaba una roca, como ancho muro tendido a plomo sobre el precipicio; y al borde, dos machos cabríos salvajes miraban el abismo. Como no llevaba las flechas—porque su caballo se había quedado atrás—discurrió bajar hasta ellos; con los pies desnudos y encorvados llegó por fin hasta el primero y le hundió un puñal entre las costillas. El segundo, lleno de terror, saltó en el vacío. Julián se lanzó a herirle, y, resba-

lándole el pie derecho, cayó sobre el cadáver del otro, la cara por encima del abismo y los dos brazos separados.

Descendiendo otra vez a la llanura, siguió un camino de sauces que bordeaba el río. De tiempo en tiempo, las grullas, volando muy bajas, pasaban sobre su cabeza; Julián las derribaba con su fusta, sin fallar una.

Mientras tanto, el aire, ya más tibio, había fundido la escarcha, flotaban jirones de niebla y aparecía el sol. Muy a lo lejos vió relucir un lago congelado que parecía de plomo. En medio del lago había un animal que Julián no conocía, un castor de hocico negro. A pesar de la distancia, una flecha le derribó.

Después avanzó por una avenida de árboles magníficos, que formaban con sus ramas altas como un arco de triunfo a la entrada del bosque. Un corzo saltó de entre la maleza; un gamo apareció en una encrucijada; un tejón salió de su agujero; un pavo hizo la rueda sobre la hierba, y cuando los hubo matado a todos, otros corzos se presentaron, otros gamos, otros tejones, otros pavos, y mirlos, y grajos, y garduñas, y zorros, y puercoespines y lince. Una infinidad de animales, a cada paso más numerosos. Corrían a su alrededor, temblorosos, con la mirada llena de humildad y de súplica. Pero Julián no se cansaba de matar, manejando unas veces su ballesta, desnudando la espada, clavándoles su cuchilla, sin pensar en nada, sin acordarse de ninguna otra cosa.

Estaba de caza en un país cualquiera, desde un tiempo indeterminado, por el mero hecho de existir, realizándolo todo con la facilidad que encontramos en los sueños. Un espectáculo extraordinario le detuvo. Los ciervos llenaban un valle en forma de circo, y amontonados unos contra otros se calentaban con su aliento, que se veía humear entre la niebla.

La ilusión de tal carnicería le sofocó de júbilo durante algunos minutos. Luego se apeó del caballo, se remangó los brazos y empezó a disparar.

Al silbido de la primera flecha volvieron la cabeza todos los ciervos a la vez. Hiciéronse algunos huecos en la masa, alzáronse quejidos y un gran tumulto agitó el rebaño.

El reborde del valle estaba demasiado alto para franquearlo, y saltaban en el recinto buscando por donde escapar. Julián apuntaba, tiraba; las flechas llovían como los rayos de una tormenta. Los ciervos, enfurecidos, luchaban, se encabritaban, saltaban unos por encima de otros, y sus cuerpos, con sus cornamentas entremezcladas, formaban ancho montículo que se desplomaba cambiando de sitio.

Al fin sucumbieron, desplomados sobre la arena, la baba en el hocico, las entrañas fuera y la ondulación de sus vientres descendiendo por grados. Luego todo quedó inmóvil.

Iba a llegar la noche, y detrás del bosque, en los intersticios de las ramas, el cielo estaba rojo como una sábana de sangre.

Julián, recostado en un árbol, contemplaba con ojos muy abiertos la enormidad de la matanza, sin comprender cómo había podido hacerla.

Al otro lado del valle, orillas del bosque divisó un ciervo, una cierva y un cervato.

El ciervo, que era negro y monstruoso de alzada, llevaba diez y seis mogotes y una gran barba blanca. La cierva, rubia como las hojas muertas, ramoneaba en el césped, y el cervatillo, salpicado, sin interrumpirla en su marcha, mambaba de las ubres.

Una vez más zumbó la ballesta, y el cervato cayó muerto en seguida. Entonces su madre, mirando al cielo, clamó con una voz profunda, desgarradora, humana. Julián, exasperado, de un flechazo en mitad del pecho la tendió por tierra.

El ciervo grande, que le había visto, dió un salto. Julián le envió su última flecha. Y alcanzó la frente y allí quedó clavada.

El ciervo grande no dió señales de sentirla; saltando por encima de los muertos iba a caer sobre él, a destrozarle, y Julián reculó con increíble espanto. El prodigioso animal se detuvo, y con los ojos llameantes, solemne como un patriarca y como un ejecutor, mientras doblaba a lo lejos una campana, repitió hasta tres veces:

—¡Maldito!, ¡maldito!, ¡maldito! ¡Corazón de fiera! ¡Un día asesinarás a tu padre y a tu madre!

Dobló las corvas, cerró dulcemente sus párpados y murió.

Quedó Julián estupefacto; luego, acometido de

fatiga súbita, vió que le invadía un tedio, una tristeza inmensa. Durante largo tiempo lloró con la frente entre las dos manos.

Su caballo no parecía; sus perros le habían abandonado; la soledad circundante le amenazaba con peligros misteriosos. Entonces, arrastrado por su pavor, emprendió una carrera loca en medio de los campos, tomó al azar un sendero y salió casi inmediatamente a la puerta del castillo.

Aquella noche no durmió. A la luz oscilante de su lámpara no dejaba de ver al gigantesco ciervo negro. Su profecía le obsesionaba, y luchaba contra ella. "¡No!, ¡no!, ¡no! ¡Yo no puedo matarlos!"; luego soñaba: "¿Y si yo lo quisiera, y si yo lo quisiera, sin embargo?..." Y tenía miedo de que el diablo le inspirase la mala idea.

Durante tres meses, su madre, angustiada, lloró a la cabecera de su lecho, y el padre, sollozando, andaba siempre por los corredores. Mandó venir a los más famosos maestros cirujanos, los cuales recetaron gran cantidad de drogas. Decían ellos que el mal de Julián tenía por causa un viento funesto o un deseo de amor. Pero el joven movía la cabeza a todas las preguntas.

Volvieron las fuerzas, y le paseaban por la plaza el anciano monje y el bondadoso señor, sosteniéndole de un brazo cada uno.

Cuando estuvo restablecido por completo, se obstinó en no volver a cazar.

Queriendo darle una alegría, su padre le regaló una magnífica espada sarracena.

Estaba en lo alto de un pilar, en su panoplia, y para alcanzarla hacía falta una escala. Julián subió. La espada se le escapó de los dedos, porque pesaba mucho, y al caer rozó tan de cerca al bondadoso señor, que le cortó la hopalanda. Julián creyó que había matado a su padre, y se desmayó.

Desde entonces aborreció las armas. El aspecto de un acero desnudo le hacía palidecer. Esta debilidad era una desolación para su familia.

Por fin, el anciano monje, en nombre de Dios y del honor de sus antepasados, le mandó que reanudara sus deportes de caballero.

Los palafreneros divertíanse todos los días en el manejo de la jabalina. Pronto sobresalió Julián, que enviaba la suya al gollete de las botellas, rompía los dientes de las veletas y acertaba a cien pasos los clavos de las puertas.

Una noche de estío, a esa hora en que la bruma borra los contornos de las cosas, estando bajo el emparrado del jardín, divisó a lo lejos dos alas blancas que revoloteaban en lo alto del muro. Sin dudar de que aquello era una cigüeña, lanzó su azagaya.

Sonó un grito desgarrador.

Era su madre, cuyo bonete de largos flecos quedó clavado contra la pared.

Julián huyó del castillo y no volvió nunca.

II

Pasaba una partida de aventureros y se alistó en ella.

Conoció el hambre, la sed, las fiebres y la miseria. Se acostumbró a las luchas y al aspecto de los moribundos. El viento curtió su piel. Endureciéronse sus miembros con el contacto de sus armaduras, y como era fuerte, valiente, sobrio y discreto, consiguió sin trabajo el mando de una compañía.

Al empezar las batallas arrastraba a sus soldados, levantando su espada con un gesto magnífico. Trepaba a lo alto de las ciudades con una cuerda de nudos, en plena noche, balanceado por el huracán, mientras las llamas del fuego griego se pegaban a su coraza, y la resina ardiente y el plomo fundido manaban de las almenas. Con frecuencia, el choque de una piedra destrozó su escudo. Se hundieron sobre él puentes harto cargados de hombres. Blandiendo su maza de armas, se libró de catorce caballeros. Desafió, en campo cerrado, a cuantos se lo propusieron. Más de veinte veces le creyeron muerto.

Gracias al favor divino, libró siempre bien; porque protegía a los eclesiásticos, a los huérfanos, a las viudas y principalmente a los ancianos. Cuando veía un mercader delante de él, gritaba para conocer su rostro como si tuviera miedo de matarle por equivocación.

Esclavos fugitivos, villanos sublevados, bastar-

dos sin fortuna, toda especie de gente intrépida, afluyeron bajo sus banderas y así fué formándose su ejército.

Así aumentó, y fué famoso y solicitado.

Uno después de otro, socorrió al Delfín de Francia y al rey de Inglaterra, a los templarios de Jerusalén y al Surenah de los Partos, al Negus de Abisinia y al emperador de Calcuta. Combatió a los escandinavos, revestidos de escamas de pescado; a los negros, defendidos con rodela de cuero de hipopótamo y montados sobre asnos rojos; a los indios, de color de oro, que blanden por cima de sus diademas sables de hoja ancha, más claros que espejos. Venció a los trogloditas y a los antropófagos. Atravesó regiones tan tórridas, que, con el ardor del sol, las cabelleras se encendían por sí solas, como antorchas; y otras que eran tan glaciales, que los brazos, desprendiéndose del cuerpo, caían por tierra; y países donde había tantas nieblas, que caminaba rodeado de fantasmas.

Le consultaban sus conflictos las repúblicas, y obtenía condiciones inesperadas en las entrevistas de los embajadores. Si un monarca procedía con exagerada injusticia, se presentaba él de pronto y le hacía sus admoniciones. Libertó reinas encerradas en torres, y él, nadie más que él, mató a la fiera de Milán y al dragón de Oberbirlach.

Ahora bien, el emperador de Occitania, tras de vender a los musulmanes españoles, se había unido en concubinato a la hermana del Califa de Córdoba, y guardaba consigo una hija que había

educado cristianamente. Pero el Califa, so pretexto de querer convertirse, vino a visitarle, acompañado de una escolta numerosa, asesinó a toda su guarnición y le sumergió en el fondo de una mazmorra, donde le trató cruelmente, a fin de sacarle sus tesoros.

Julián corrió en su ayuda, destruyó el ejército de los infieles, sitió la ciudad, mató al Califa, le cortó la cabeza y la arrojó como una bala por encima de las murallas. Luego sacó al emperador de su prisión, y le puso otra vez en su trono, en presencia de toda su corte.

Como premio de tal servicio, el emperador le presentó muchos cestos llenos de dinero. Julián no quiso nada. Creyendo que deseaba más, le ofreció las tres cuartas partes de su riqueza. Como lo rechazó también, propúsole compartir su reino. Julián lo agradeció, y el emperador lloraba de despecho, no sabiendo de qué manera mostrar su reconocimiento, cuando, golpeándose en la frente, pronunció unas palabras al oído de un cortesano, abriéronse las cortinas de unos tapices y apareció una doncella.

Sus grandes ojos negros brillaban con la luz suavísima de dos lámparas. Separaba sus labios encantadora sonrisa. Los bucles de su cabellera se acercaban a las pedrerías de su vestido entreabierto, y bajo la transparencia de la túnica se adivinaba la juventud de su cuerpo. Tenía la cintura esbelta, y era menuda y bien torneada.

Julián, que había llevado hasta entonces una vida muy casta, quedó deslumbrado de amor.

Así, pues, recibió en matrimonio la hija del emperador, con un castillo que ésta heredara de su madre, y, terminadas las bodas, se despidieron después de infinitas cortesías de una y otra parte.

Era aquel un palacio de mármol blanco, construído a lo morisco en medio de un bosque de naranjos y en lo alto de un promontorio. Terrazas floridas bajaban hasta la orilla de una playa, donde al andar crujían bajo los pies conchas rosadas. Detrás del castillo extendíase un bosque en forma de abanico. El cielo allí era siempre azul, y los árboles se inclinaban, ya al impulso de la brisa marina, ya al del viento de las montañas que cerraban a lo lejos el horizonte.

Las estancias, invadidas por el crepúsculo, aparecían iluminadas por incrustaciones abiertas en los muros. Columnitas altas y finas como cañas sostenían los arcos de la bóveda, decorados con relieves que imitaban las estalactitas de las grutas.

Había allí surtidores de agua en las salas, mosaicos en los patios, paredes festoneadas, mil delicadezas de arquitectura, y por todas partes tal silencio, que se oía el roce de una banda o el eco de un suspiro.

Julián no guerreaba ya. Descansaba, rodeado de un pueblo tranquilo, y todos los días pasaba una multitud delante de él con genuflexiones y besamanos a lo oriental.

Vestido de púrpura, puesto de codos en el al-

féizar de una ventana, acordábase de sus cacerías de antaño, y hubiera querido correr por el desierto tras las gacelas y los avestruces, atravesar bosques llenos de rinocerontes, estar oculto entre los bambúes al acecho de los leopardos, subir a la cumbre de los montes más inaccesibles para apuntar mejor a las águilas y escalar los témpanos de los mares para luchar con los osos blancos.

Algunas veces se veía en sueños, como nuestro padre Adán en el Paraíso, entre todos los animales; sólo con extender los brazos les hacía morir, o bien desfilaban de dos en dos, por orden de tamaño, desde los elefantes y los leones hasta los armiños y los ánades, como el día que entraron en el arca de Noé. A la sombra de una caverna iba asestando sobre ellos saetas infalibles; otros llegaban, aquello no tenía término, y se despertaba girando hacia todas partes los ojos feroces.

Varios príncipes, amigos suyos, le invitaron a cazar. Se negó siempre, creyendo conjurar su desgracia por esa especie de penitencia; porque le parecía que de la vida de los animales dependía la de sus padres, pero sufría de no verlos, y esta otra ansia llegaba a serle insoportable.

Para distraerle, su mujer mandó venir juglares y danzarinas. Se paseaba con él, en litera abierta, por los campos; otras veces, tendido en la borda de una chalupa, veían a los peces vagabundear en el agua, tan clara como el cielo. A menudo le tiraba flores al rostro; acurrucada a sus pies, tocaba diestramente su mandolina de tres cuer-

das; luego, posando sobre sus hombros las dos manos juntas, le decía con voz tímida: “¿Qué tenéis, mi señor amado?”

El no respondía o prorrumplía en sollozos, y por fin un día confesó su horrible secreto.

Combatió ella su idea, razonando muy bien. Su padre y su madre habían muerto ya, y si alguna vez volvía a verlos, ¿con qué azar, con qué fin podía llegar a aquella abominación? Su temor era, por consiguiente, infundado, y debía volver a cazar.

Sonreía Julián al escucharla; pero no se determinaba a satisfacer su deseo.

Una noche del mes de agosto estaban en su cuarto; ella acababa de acostarse, y él se arrojaba para rezar sus oraciones, cuando oyeron el ladrido de un zorro y luego pasos ligeros sobre la ventana. Julián entrevió en la sombra como apariencias de animales. La tentación era demasiado fuerte. Descolgó su carcax.

Ella pareció sorprendida.

—¡Es por obedecerte!—dijo Julián—. Al salir el sol ya estaré aquí.

Temía ella, sin embargo, cualquier aventura funesta.

La tranquilizó, y salió asombrado de la desigualdad de su humor.

Poco después vino un paje a anunciarla que dos desconocidos deseaban ver en seguida a la señora, a falta del señor.

Y pronto entraron en la cámara un viejo y una

vieja, encorvados, con pobres trajes de tela y apoyado cada uno en su bastón.

Alentándose uno a otro, declararon que traían a Julián noticias de sus padres.

Ella se inclinó para oírles.

Pero, concertándose con la mirada, le preguntaron si seguía queriéndolos y si hablaba de ellos alguna vez.

—¡Oh! ¡Sí!—dijo ella.

Entonces gritaron:

—Pues bien, ¡somos nosotros!

Y se sentaron, porque estaban rendidos y traspasados de fatiga.

Nada demostraba a la joven que su esposo fuera, en efecto, el hijo.

Pero dieron la prueba describiendo señales particulares que Julián tenía en su cuerpo.

Saltó fuera del lecho, llamó a su paje y se les sirvió una cena.

Aunque tuviesen hambre no podían comer nada, y ella observaba el temblor de sus manos huesudas al coger el rosario.

Hicieron mil preguntas acerca de Julián, y respondió a todas, pero tuvo buen cuidado de callar la fúnebre idea que les concernía.

Habían salido de su castillo al ver que no volvía, y andaban, hacía muchos años, siguiendo vagas indicaciones, sin perder la esperanza. Tanto dinero habían necesitado para el peaje de los ríos y las hosterías, para los derechos de los príncipes y las exacciones de los bandidos, que habían

vaciado el fondo de su bolsa y ahora caminaban mendigando. ¿Qué importa todo, si pronto iban a abrazar a su hijo? Ensalzaban su suerte por tener una mujer tan bella, y no se cansaban de contemplarla y de besarla.

La riqueza de la habitación les asombraba mucho, y el viejo preguntó por qué habían puesto en los muros el blasón del emperador de Occitania.

Replicó la mujer:

—Es mi padre.

Entonces se estremeció, acordándose de la predicción del gitano, y la vieja pensó en las palabras del ermitaño. La gloria de su hijo no era, seguramente, sino la aurora de esplendores eternos; y ambos quedaron embebecidos a la luz del candelabro que alumbraba la mesa.

Debían de haber sido muy hermosos en su juventud. Conservaba la madre todos sus cabellos, partidos en dos bandas, blancas como la nieve, que llegaban más abajo de las mejillas; y el padre, con su alta estatura y sus largas barbas, parecía una imagen de iglesia.

La mujer de Julián les obligó a no esperarle más. Ella misma les acostó en su lecho; luego cerró la ventana y se durmieron. No tardaría en alborear. Detrás de las vidrieras, los pajarillos comenzaban su cántico.

Julián había cruzado el parque, y caminaba con paso nervioso por el bosque, gozando la blandura del césped y la tibieza del aire.

La sombra de los árboles se extendía sobre el musgo. Alguna vez, la luna trazaba en los claros rayas de plata, y entonces vacilaba en avanzar, creyendo encontrarse en una corriente de agua, y otras, la superficie inmóvil de una charca se confundía con el color de la hierba. Un gran silencio le seguía, y por ninguna parte asomaban los animales, que minutos antes había visto errar en torno del castillo.

Cerrábase el bosque, la oscuridad era cada vez más profunda. Pasaban bocanadas de viento cálido, lleno de aromas enervantes. Hundiéndose en montones de hojas muertas, apoyose contra una encina para alentar un poco.

De pronto saltó a su espalda una masa más negra: un jabalí. Julián no tuvo tiempo de coger su arco, y se afligió de ello como de una desgracia.

Luego, al salir del bosque, divisó un lobo que se escurría a lo largo de un seto.

Julián le envió una flecha. El lobo se detuvo; volvió la cabeza para verle y siguió su carrera. Trotaba, guardando siempre la misma distancia, deteníase de tiempo en tiempo, y tan pronto como le apuntaba otra vez volvía a huir.

De esta manera recorrió Julián una llanura interminable; luego montículos de arena, y al fin se encontró en lo alto de una meseta que dominaba gran extensión de terreno. Había allí diseminadas entre unas cuevas en ruinas muchas piedras planas. Se tropezaba en osamentas de muer-

to; aquí y allá, cruces carcomidas inclinábanse con aire tétrico. Pero en la sombra indecisa de las tumbas se removían unos bultos, y surgieron las hienas, azoradas, jadeantes. Sonaba el golpe blando de sus uñas al caer sobre las baldosas, y así vinieron hasta él y le olfatearon, con un bostezo que mostraba sus encías. Desenvainó el sable, y corrieron a un tiempo en todas direcciones. Con su galope cojo y precipitado, se perdieron a lo lejos tras una ola de polvo.

Una hora después encontró en un barranco un toro furioso, con los cuernos en alto y escarbandando la arena con el pie. Julián le clavó su lanza en el pecho por la papada. La punta se quebró, como si el animal hubiera sido de bronce. Cerró Julián los ojos esperando la muerte; pero cuando los abrió el toro había desaparecido.

Entonces su alma se rindió de vergüenza. Un poder superior destruía su fuerza, y, pensando en volver a su casa, penetró de nuevo en el bosque. Las lianas obstruían el paso, e iba cortándolas con su sable, cuando una garduña gigantesca resbaló bruscamente entre sus piernas: una pantera dió terribles saltos por cima de sus hombros, una serpiente subió en espiral alrededor de un fresno.

Asomó entre las ramas un grajo monstruoso que le miraba, y por todas partes aparecían infinidad de chispas, como si el firmamento hubiera hecho llover sobre el bosque todas sus estrellas. Eran los ojos de los animales: gatos salvajes, ardillas, buhos, papagayos, monos...

Julián asestaba contra ellos sus flechas; las flechas, con sus plumas, posábanse sobre las hojas como mariposas blancas. Les arrojó piedras; las piedras, sin tocar a nada, volvían a caer. Se maldecía, hubiera querido golpearse, rugía imprecaciones, se ahogaba de rabia.

Y todos los animales que había perseguido se le presentaron formando a su alrededor un estrecho círculo. Unos sentados sobre la grupa, otros levantados en toda su alzada. Permaneció en medio helado de terror, incapaz de todo movimiento. Por un esfuerzo supremo de su voluntad dió un paso; los que se posaban en los árboles abrieron las alas, los que hollaban el suelo desplazaban sus miembros, y todos le acompañaban.

Las hienas caminaban delante de él; el lobo y el jabalí, detrás. El toro, a su derecha, balanceaba la cabeza, y a su izquierda, la serpiente ondulaba entre la hierba, mientras que la pantera, arqueando su espalda, avanzaba a grandes zancadas con paso callado. Iba él lo más lentamente posible para no imitarles, y veía salir de la hondura de los zarzales zorros, víboras, puercoespines, chacales y osos.

Julián se puso a correr; corrieron ellos. La serpiente, silbando; las bestias hediondas, babeando. El jabalí le rozaba los talones con sus defensas; el lobo, la palma de las manos con los pelos del hocico. Pinchábanle los monos, gesticulando; la garduña rodaba junto a sus pies. Un oso le quitó con sus patas el sombrero de un re-

vés, y la pantera, desdeñosamente, dejó caer una flecha que llevaba en la boca.

Veíase en sus gestos socarrones que se burlaban. Al mismo tiempo que le observaban con el rabillo del ojo, parecían meditar un plan de venganza; y ensordecido por el zumbiar de los insectos, golpeado por las colas de los pájaros, sofocado por sus alientos, caminaba con los brazos extendidos y los párpados cerrados, como un ciego, sin tener fuerza siquiera para gritar: "¡Perdón!"

Vibró en el aire el canto de un gallo. Respondieron otros. Era el alba. Al otro lado de los naranjos distinguió la techumbre de su palacio.

Luego vió, en las lindes de un campo, a tres pasos de intervalo, perdices rojas que revoloteaban en los surcos. Soltó su capa y la tendió sobre ella como una red. Cuando llegó a descubrirla, no halló más que una sola y muerta hacía ya mucho tiempo, corrompida.

Esta decepción le exasperó más que todas. La sed de sangre volvía a apoderarse de él. Faltando los animales, hubiera querido matar hombres.

Escaló las tres terrazas, hundió de un puñetazo la puerta; pero al pie de la escalera el recuerdo de su mujer le enterneció el corazón. Estaba dormida, sin duda, e iba a sorprenderla.

Se quitó las sandalias, volvió la llave con cuidado y entró.

Las vidrieras, guarnecidas de plomo, oscure-

cían la palidez del alba. Julián se enredó los pies en los vestidos que yacían por tierra; un poco más lejos tropezó con la credencia, cargada todavía de vajilla. "Ha comido, sin duda", se dijo, y avanzó hacia el lecho, hundido entre las tinieblas, en el fondo de la estancia. Cuando estuvo a la orilla, se inclinó para besar a su mujer sobre la almohada donde descansaban las dos cabezas, una junto a otra. Entonces sintió contra su boca la impresión de una barba.

Retrocedió, creyendo que se había vuelto loco; pero volvió junto al lecho y palpó hasta encontrar unos cabellos muy largos. Para convencerse de su error volvió a pasar lentamente la mano por el almohadón. ¡Era una barba lo que encontraba esta vez! ¡Y un hombre! ¡Un hombre acostado con su mujer!

Estalló en una cólera inmensa; saltó sobre ellos a puñaladas, pateando, echando espuma y aullando como una bestia feroz. Luego se detuvo. Los muertos, atravesado el corazón, ni siquiera se habían movido. Escuchó atentamente los dos estertores casi iguales, y a medida que iban debilitándose, otro muy lejano los continuaba. Confusa al principio, aquella voz lastimera, sostenida insistentemente, se acercaba, se henchía, llegaba a ser cruel y reconoció aterrorizado el bramido del enorme ciervo negro.

Y, como se volviera, creyó ver en el marco de la puerta el fantasma de su mujer, con una luz en la mano.

El ruido de las muertes la había despertado, y al llegar, con una sola mirada lo comprendió todo. Huyó, loca de terror, dejando caer su antorcha.

Julián la levantó.

Su padre y su madre estaban delante de él, tendidos de espalda, con un agujero en el pecho, y parecía que sus rostros, llenos de majestuosa dulzura, guardaban un secreto eterno. Salpicaduras y charcos de sangre mostrábanse sobre su blanca piel, en las ropas del lecho, en el suelo, bajo un Cristo de marfil suspendido en la alcaoba. El reflejo escarlata de la vidriera herida ya por los rayos del sol, iluminaba aquellas manchas rojas y proyectaba otras muchas en toda la estancia. Julián se dirigió hacia los dos muertos, diciéndose, queriendo creer que aquello no era posible, que se había engañado, que hay, en ocasiones, parecidos inexplicables. Al fin, se inclinó ligeramente para ver muy de cerca al anciano, y distinguió, entre sus párpados mal cerrados, una chispa extinguida que le quemó como si fuera fuego. Luego se volvió al otro lado del lecho por ver el otro cuerpo, cuyos cabellos blancos ocultaban parte del rostro. Julián pasó los dedos bajo la cabellera, levantó la cabeza y la miró, sostenida al extremo de su brazo rígido, mientras con la otra mano acercaba la antorcha. Las gotas, saltando del colchón, caían una a una sobre el pavimento.

Al término de aquel día se presentó delante de su mujer, y con una voz distinta de la suya la

encomendó primero no responderle, ni acercársele, ni aun mirarle, sino que cumpliera, so pena de condenarse, todas sus órdenes, que eran irrevocables.

Los funerales se harían con arreglo a las instrucciones que dejaba por escrito sobre un reclinatorio en la cámara de los muertos. La legaba su palacio, sus vasallos, todos sus bienes, sin retenir siquiera los vestidos de su cuerpo, ni sus sandalias, que se hallarían en lo alto de la escalera.

Ella había obedecido a la voluntad de Dios, dando ocasión a su crimen, y debía rogar por su alma, puesto que de ahora en adelante él no existía ya.

Se enterró a los muertos con magnificencia en la iglesia de un monasterio, a tres jornadas del castillo. Un monje, con la cogulla baja, siguió al cortejo, separado de los demás, sin que nadie osara hablarle.

Permaneció toda la misa de bruces en medio del atrio, los brazos en cruz y la frente en el polvo.

Después del entierro se le vió tomar el camino que conduce a las montañas. Muchas veces se volvió, hasta que acabó por desaparecer.

III

Se fué Julián, mendigando su vida por el mundo.

Tendía su mano a los caballeros en los caminos; acercábase con genuflexiones a los segadores, o permanecía inmóvil ante la verja de los patios, y su rostro era tan triste, que nunca se le negó limosna.

Por espíritu de humildad contaba su historia; entonces todos huían, haciendo la señal de la cruz. En los pueblos por donde había pasado ya, tan pronto como le conocían, cerraban las puertas, le gritaban amenazas y le tiraban piedras. Los más caritativos ponían una escudilla en el reborde de la ventana, y luego cerraban las maderas para no verle.

Rechazado de todos, evitaba a los hombres y se alimentaba de raíces, plantas, frutos caídos y conchas que iba buscando por las playas.

Alguna vez, al descender una cuesta, veía bajo sus ojos una confusión de techos amontonados, con sus flechas de piedra, fuentes, torres, callejas negras entrecruzándose, desde donde subía hasta él un zumbido continuo.

La necesidad de mezclarse a las existencias ajenas le hacía bajar a la ciudad. Pero el aire bestial de las caras, el estruendo de los oficios, la indiferencia de las palabras helaban su corazón. Los días de fiesta, cuando la campana grande llenaba de alegría desde el amanecer a todo el pueblo, él veía salir a los vecinos de sus casas, luego danzas en la plaza, fuentes de cerveza en las esquinas, colgaduras de damasco ante la morada de los príncipes, y al llegar la noche, por los cris-

tales de los pisos bajos, largas mesas familiares, donde los abuelos tenían a sus nietos sobre las rodillas. Los sollozos le ahogaban, y se volvía hacia el campo.

Contemplaba con transporte de amor los pollos entre los hierbatos, los pájaros en sus nidos, los insectos sobre las flores; todos, al acercarse él, corrían, se ocultaban espantados y volaban muy de prisa.

Buscaba las soledades. Pero el viento llevaba a sus oídos como estertores de agonía; las lágrimas del rocío, al caer en tierra, le recordaban otras gotas de un peso más grave. Todas las tardes, el sol coloreaba las nubes, y todas las noches, entre sueños, su parricidio volvía a comenzar.

Se hizo un cilicio con las puntas de hierro. Subía caminando sobre las dos rodillas todas las colinas que tuvieran una capilla en la cumbre. Pero su impío pensamiento oscurecía el esplendor de los tabernáculos y le torturaba a través de las maceraciones de la penitencia.

No se revolvía contra Dios, que le había infligido su terrible acción, y, sin embargo, se desesperaba de haber podido cometerla.

Tanto horror le inspiraba su propia persona, que, con la esperanza de librarse, se aventuraba en los mayores peligros. Salvó de incendios a paralíticos, y sacó del fondo de las simas a niños. El abismo le rechazaba, le respetaban las llamas.

Como el tiempo no apaciguase su martirio, y éste era ya intolerable, resolvió morir.

Y un día, hallándose al borde de una fuente, como se inclinara sobre ella para apreciar la profundidad del agua, vió aparecer ante él un anciano descarnado, de barba blanca y de un aspecto tan lamentable, que le fué imposible contener el llanto. El otro lloraba también. Sin reconocer su imagen, Julián se acordó confusamente de un rostro parecido a aquel. Lanzó un grito: era el de su padre, y ya no pensó nunca en matarse.

Así recorrió muchos países con la carga de sus recuerdos, hasta que llegó cerca de un río, cuyo paso era peligroso por la violencia de la corriente y porque tenía en las orillas una gran extensión de légamo. Nadie, desde hacía mucho tiempo, se atrevía a pasarlo.

Una barca vieja, casi hundida, alzaba su proa entre los guijarros. Examinándola, Julián descubrió un par de remos, y se le ocurrió la idea de emplear su existencia al servicio de los demás.

Comenzó por establecer sobre el ribazo escarpado una especie de calzada que le permitiera bajar hasta el canal; se rompió las uñas removiendo enormes piedras, las apoyó contra su vientre para transportarlas, resbaló en cieno, se hundió, y muchas veces estuvo a punto de perecer.

En seguida reparó la barca con restos de otros navíos, y se hizo una choza con arcilla y troncos de árboles.

El paso era ya conocido, y los viajeros se pre-

sentaron. Llamaban desde la otra orilla agitando unos trapos. Pronto salía Julián y saltaba en su barca. Esta era muy pesada, y la sobrecargaban con toda clase de bagajes y fardos, sin contar las bestias de acarreo que, coceando de miedo, aumentaban la confusión. No pedía nada por su molestia, y algunos le daban restos de las vituallas que sacaban de sus zurrones, y los vestidos demasiado viejos que ya no querían. Los bárbaros vociferaban blasfemias. Julián los reprendía con dulzura, y ellos respondían con injurias. Se contentaba con bendecirlos.

Una mesita, un escabel, una cama de hojas secas y tres copas de arcilla: he aquí todo su ajuar. Dos agujeros en el muro le servían de ventanas. Por un lado se extendían hasta perderse de vista llanuras estériles, que mostraban en su superficie, aquí y allá, lívidos estanques; y delante de él rodaban las ondas verdosas del gran río. En primavera, la tierra húmeda olía a podredumbre. Luego un viento desatado levantaba torbellinos de polvo. Entraba por todas partes, le enlodaba el agua y hacía crujir la arena en las encías. Más tarde eran nubes de mosquitos, cuyo zumbido y cuyas picaduras no cesaban de noche ni de día.

Luego sobrevenían terribles heladas, que daban a los objetos rigidez pétrea y le inspiraban deseos frenéticos de comer carne.

Transcurrían meses sin que Julián viera a nadie. A menudo, cerraba los ojos, tratando de volver a su juventud por arte de la imaginación, y

evocaba el patio del castillo con los lebreles sobre la gradería, los pajes en la sala de armas y bajo dosel de pámpanos un adolescente de cabellos rubios, entre un anciano cubierto de pieles y una dama de altas tocas. De pronto, los dos cadáveres reaparecían. Y se arrojaba de bruces sobre su cama y repetía llorando:

—¡Ay! ¡Pobre padre! ¡Pobre madre! ¡Pobre madre!

Y caía en un letargo, donde continuaban sus fúnebres visiones.

Una noche, mientras dormía, creyó oír una voz que le llamaba. Prestó atención, y no distinguió más que el mugir de las olas.

Pero la misma voz repitió:

—¡Julián!

Venía de la otra orilla, lo cual le pareció extraordinario, dada la anchura del río.

Por tercera vez le llamó:

—¡Julián!

Y aquella voz tan alta tenía el son de una campana de una iglesia.

Encendió su linterna y salió de la choza. Furioso huracán llenaba la soledad de la noche. Las tinieblas, profundas, estaban desgarradas aquí y allá por la blancura de las olas que rompían en espuma.

Tras un minuto de vacilación, Julián desató la amarra. Las aguas, de pronto, se calmaron, resbaló la barca sobre ellas y tocó en el otro ribazo, donde esperaba un hombre.

Estaba envuelto en una tela hecha jirones, la cara semejante a una máscara de yeso y los dos ojos encendidos como carbones. Al acercarle la linterna, Julián notó que le recubría una lepra horrible. Sin embargo, su actitud era majestuosa como la de un rey.

Desde que entró en la barca, ésta se hundió prodigiosamente, vencida de su peso. Una sacudida la puso a flote, y Julián comenzó a remar.

A cada golpe de remo, la resaca de las olas la levantaba por delante. El agua, más negra que la tinta, corría con furia a uno y otro lado de las bordas. Cavaba abismos, levantaba montañas, y la chalupa iba subiéndolas para caer otra vez en profundidades donde el viento y la corriente la hacían girar.

Julián inclinaba su cuerpo, desplegabá los brazos y, estribando los pies, se tumbaba para hacer más fuerza con violenta torsión de la cintura. El granizo azotaba sus manos, corría la lluvia por sus espaldas y, como la violencia del aire le sofocaba, se detuvo. Entonces la barca siguió arrastrada a la deriva. Pero, comprendiendo que se trataba de algo inexcusable, de un mandato que era necesario cumplir, volvió a empuñar los remos, y el chirrido de los escálamos cortó el clamor de la tempestad.

La linternita ardía delante de él. Grandes aves, revoloteando, se la ocultaban por intervalos. Pero siempre divisaba las pupilas del leproso, que se

mantenía en pie, a la popa, inmóvil como una columna.

Y esto duró largo tiempo, ¡muy largo tiempo!

Una vez que hubieron llegado al chozo, Julián cerró la puerta, y vió cómo el leproso se sentaba en el escabel. La especie de túnica que le cubría cayó hasta las caderas, y sus hombros, su pecho, sus brazos flacos, desaparecían bajo las placas de pústulas escamosas. Enormes arrugas surcaban su frente. Como los esqueletos, tenía un agujero en lugar de nariz, y sus labios, cárdenos, despedían un aliento espeso como una niebla y nauseabundo.

—¡Tengo hambre!—dijo.

Julián le dió todo lo que tenía: un cuarto añejo de tocino y los mendrugos de un pan negro.

Cuando los hubo devorado, la mesa, la escudilla y el mango del cuchillo llevaban las mismas manchas que aparecían sobre su cuerpo.

En seguida dijo:

—¡Tengo sed!

Julián fué a buscar su cántaro, y al cogerlo sintió un aroma que dilataba sus narices y su corazón. Era vino, ¡qué hallazgo! Pero el leproso alargó el brazo, y de un solo trago vació el cántaro.

Después dijo:

—¡Tengo frío!

Con su candela, Julián encendió un montón de helecho en medio de su cabaña.

El leproso vino allí a calentarse, y, acurrucado

sobre sus talones, temblaba con todo su cuerpo; sus ojos no brillaban ya, sus úlceras manaban, y con una voz casi extinta, murmuró:

—¡Tu lecho!

Julián le ayudó suavemente hasta la cama, y aún extendió sobre él, para cubrirle, la tela de su barca.

Gemía el leproso. Las comisuras de su boca descubrían los dientes; un estertor acelerado le sacudía el pecho, y a cada aspiración, el vientre se le hundía hasta las vértebras.

Luego cerró los párpados.

—¡Tengo como hielo en los huesos! ¡Ven junto a mí!

Y Julián, separando la tela, se acostó sobre las hojas secas, cerca de él, a su lado.

El leproso volvió la cabeza.

—¡Desnúdate, para que yo tenga el calor de tu cuerpo!

Julián se quitó sus ropas; luego, desnudo como el día en que nació, volvió a echarse en su cama y sintió en los muslos la piel del leproso, más fría que una serpiente y áspera como una lima.

Trató de darle ánimos, y el otro respondía, jadeando:

—¡Ay! ¡Voy a morir!... ¡Acércate! ¡Caliéntame! ¡No con las manos, no! ¡Toda tu persona!

Julián se tendió completamente encima, boca contra boca, pecho contra pecho.

Entonces el leproso le estrechó; de pronto, sus ojos fueron claros como estrellas, alargáronse sus

cabellos como los rayos del sol, el soplo de su aliento tenía el dulzor de las rosas, una nube de incienso elevábase del hogar. Mientras tal abundancia de delicias, tal júbilo sobrehumano descendía como inundación en el alma de Julián, transportado, el que le estrechaba entre sus brazos iba creciendo, creciendo, hasta tocar con su cabeza y con sus pies las dos paredes de la cabaña. El techo se desvaneció, el firmamento se desplegó, y Julián subió hacia los espacios azules cara a cara con Nuestro Señor Jesucristo, que le llevaba al Cielo.

Y ésta es la historia de San Julián el Hospitalario, poco más o menos, tal como puede verse en un vitral de iglesia de mi país.

HERODÍAS

La ciudad de Machærus se alzaba al oriente del Mar Muerto, sobre un pico de basalto en forma de cono. Cuatro valles profundos la rodeaban: dos hacia los costados, uno enfrente, el cuarto a la espalda. Las casas amontonábanse contra su base, dentro del círculo de un muro que ondulaba siguiendo las desigualdades del terreno; y por un camino en ziszás, tallado en la roca, uníase la ciudad a la fortaleza, cuyas murallas altas, de ciento veinte codos, ofrecían numerosos ángulos, almenas en los bordes, y aquí y allá torres que eran como florones de esta corona de piedra, suspendida sobre el abismo.

Dentro estaba el palacio, ornado de pórticos y cubierto por una terraza con su balaustrada de madera de sicomoro, donde se erguían los mástiles dispuestos para tender un velarium.

Una mañana, al rayar el día, vino el Tetrarca Herodes-Antipas a reclinarsse y a mirar desde allí.

Las montañas, dominadas desde aquella altura, empezaban a descubrir sus crestas, mientras que su masa hasta el fondo de los abismos estaba todavía envuelta en sombra. Flotaba una niebla, que se desgarró, y aparecieron los contornos del

Mar Muerto. El alba, levantándose detrás de Machærus, apuntaba un resplandor rojizo. Pronto iluminó la arena de la playa, las colinas, el desierto, y a lo lejos todos los montes de la Judea, que inclinaban sus grises y peladas laderas. Engaddi, en medio, trazaba una barra negra; Hebrón, allá en el fondo, rematando en cúpula; Esquél, con sus granados; Sorek, el de las viñas, carmen de campos de azucena, y la torre Antonia, desde su cubo monstruoso, dominando Jerusalén. El Tetrarca volvió los ojos para contemplar a la derecha las palmeras de Jericó, y pensó en las otras ciudades de su Galilea: Cafarnaum, Endor, Nazareth, Tiberiades, adonde acaso no volviera ya nunca. Corría, mientras tanto, el Jordán por la llanura árida, todo blanco y resplandeciente como una sábana de nieve. El lago, ahora, parecía de lápiz-lázuli, y en la punta meridional del lado del Yemen, Antipas distinguió lo que no hubiera querido ver. Tiendas sombrías, desparrramadas, hombres con lanzas circulando entre los caballos y muchas hogueras mortecinas, pero brillando todavía como estrellas a ras del suelo.

Eran las tropas del rey de los árabes, cuya hija había repudiado él por tomar a Herodías, casada con uno de sus hermanos que vivía en Italia, libre de la ambición del poder.

Esperaba Antipas socorro de los romanos. Y como Vitelio, gobernador de la Siria, tardara en aparecer, se consumía de inquietud.

¿Sería que Agripa le hubiera minado el terre-

no en Roma? Filippo, su tercer hermano, que mandaba en Batania, preparaba sus ejércitos clandestinamente. Como los judíos rechazaban ya sus costumbres idólatras, muy distintos de los primeros tiempos de su dominación, vacilaba entre dos planes: amansar a los árabes o ajustar una alianza con los parthos; y so pretexto de festejar su cumpleaños, había convidado a un gran festín para aquel mismo día a los jefes de sus tropas, a los administradores de sus campos y a los principales de Galilea.

Registró con mirada perspicaz todos los caminos. Estaban desiertos. Volaban las águilas sobre su cabeza, los soldados dormían junto a las paredes, a lo largo de la muralla. Nadie se movía en el castillo.

De repente, una voz lejana, como escapada de las profundidades de la tierra, hizo palidecer al Tetrarca. Inclínose para escucharla; pero ya se había extinguido. Volvió a empezar, y entonces, dando una palmada gritó:

—¡Mannaei!, ¡Mannaei!

Se presentó un hombre desnudo hasta la cintura, como los masajistas de los baños. Era muy alto, viejo, descarnado, y llevaba sobre los muslos un cuchillo en su vaina de bronce. La cabellera, levantada por medio de una peina, exageraba la anchura de su frente. Cierta somnolencia le apagaba los ojos, pero sus dientes relucían, y los dedos de sus pies posábanse ligeramente sobre las losas, teniendo todo su cuerpo la agilidad

de un mono, y su rostro la impasibilidad de una momia.

—¿Dónde está aquél?—preguntó el Tetrarca.

Mannaei respondió indicando con su pulgar un objeto detrás de ellos.

—¡Allí! ¡Siempre allí!

—Me había parecido oírle.

Y cuando Antipas hubo respirado hondamente, se informó de Iaokanann, el mismo que los latinos llaman San Juan Bautista. ¿Se había vuelto a ver a aquellos dos hombres admitidos por indulgencia en su calabozo el mes pasado, y se había averiguado desde entonces a qué vinieron?

Mannaei replicó:

—Han cruzado con él palabras misteriosas, como hacen los ladrones por la noche en las encrucijadas de los caminos. En seguida salieron para la Galilea alta, anunciando que llevaban una buena nueva.

Antipas bajó la cabeza; luego, con expresión de espanto:

—¡Guárdale, guárdale—dijo—, y no dejes entrar a nadie! ¡Cierra bien la puerta! ¡Cubre el foso! ¡Ni siquiera deben sospechar que vive!

Sin haber recibido esas órdenes, Mannaei las cumplía, porque Iaokanann era judío, y él execraba a los judíos como todos los samaritanos.

Su templo de Garizín, elegido por Moisés para ser el centro de Israel, no existía ya desde el rey Hyrcan; y el de Jerusalén los encendía de furor, como un ultraje y una injusticia permanen-

tes. Mannaei se había introducido allí con objeto de profanar el altar con huesos de muertos. Sus compañeros, menos rápidos, habían sido decapitados.

Mannaei le divisaba en la separación de dos colinas. El sol hacía resplandecer sus murallas de mármol blanco y las hojas de oro de su techumbre. Era como una montaña luminosa: algo sobrehumano que lo aplastaba todo por su opulencia y su soberbia.

Entonces extendió el brazo del lado de Sión, y con el cuerpo rígido, la cara vuelta hacia atrás y los puños cerrados, le lanzó su anatema, seguro de que las palabras tienen un poder efectivo.

Antipas le escuchaba, sin parecer escandalizado.

El samaritano dijo después:

—Hay momentos en que está agitado; desea huir y espera su liberación. Otras veces tiene el aspecto tranquilo de un animal enfermo, o bien le ves caminar en las tinieblas, repitiendo: “¿Qué me importa? ¡Para que él crezca es preciso que yo disminuya!”

Antipas y Mannaei se miraron. Pero el Tetrarca estaba cansado de pensar.

Todos aquellos montes que se alzaban a su alrededor como pisos de enormes olas petrificadas, las negras cimas al pie de los acantilados, la inmensidad del cielo azul, el esplendor violento del día, la profundidad de los abismos, le inquietaban; y el espectáculo del desierto, que finge, con un trastorno geológico, anfiteatros y palacios en

ruinas, le producía impresión desoladora. El viento cálido traía en el olor azufre, como la exhalación de las ciudades malditas, enterradas bajo las olas de plomo. Estas señales de una cólera inmortal aterrorizaban su pensamiento y permanecía con ambos codos sobre la balaustrada, con ojos fijos y las mejillas en las manos. Alguien le había tocado. Se volvió. Herodías estaba delante de él.

Una ligera cimarra de púrpura la envolvía hasta las sandalias. Había salido precipitadamente de su cuarto, y no llevaba ni collares ni pendientes. Le caía sobre el brazo una trenza de sus cabellos negros, que, por el cabo, iba a hundirse entre los dos senos. Palpitaban las aletas de su nariz, el júbilo del triunfo iluminaba su rostro, y con voz fuerte, sacudiendo al Tetrarca, dijo:

—César nos ama. Agripa está ya preso.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Yo lo sé.

Y agregó:

—Es por haber ambicionado el imperio para Cayo.

Aun viviendo de sus limosnas, había usurpado el título de rey, que ellos, como él, ambicionaban. Pero en el porvenir no habría ya temor. "Los calabozos de Tiberio se abren difícilmente, y alguna vez no está allí segura la vida."

Antipas la comprendió, y, aunque ella fuese hermana de Agripa, su atroz intención le pareció justificada. Esos asesinatos, consecuencia lógica

de las cosas, eran una fatalidad de las casas reales. En la de Herodes ya no podían contarse.

Luego reveló ella todo su plan: los deudos comprados, las cartas interceptadas, los espías en todas las puertas, y cómo había llegado a seducir a Eutiques, el denunciador: “¡Nada me costaba! ¿No he hecho yo por ti mucho más? ¿No he abandonado a mi hija?”

Desde su divorcio la había dejado en Roma, esperando tener otros hijos del Tetrarca. Nunca hablaba de eso, y Antipas se preguntaba a qué obedecía su acceso de ternura.

Habían desplegado el velarium y colocado rápidamente anchos cojines cerca de ellos. Herodías se dejó caer, y lloró vuelta de espaldas. Luego, pasándose las manos por los párpados, dijo que no quería atormentarse más, que se juzgaba feliz; y recordó sus conversaciones, allá abajo, en el atrium, sus encuentros en las termas, sus paseos a lo largo de la Vía Sacra y las noches pasadas en las soberbias villas de la campiña romana, bajo los arcos de rosas y entre el murmullo de los surtidores. Le miraba como en otro tiempo, apretándose contra su pecho con gestos mimosos. El la rechazó. ¡Estaba ya tan lejos el amor que Herodías trataba de reanimar! Lo que ahora se le presentaba eran sus desdichas, porque pronto iba a hacer doce años que la guerra no cesaba nunca. Tantas preocupaciones habían envejecido al Tetrarca. Sus hombros se encorvaban cubiertos de una toga sombría, con cenefa violeta, mezclá-

banse sus cabellos blancos con la barba, y un rayo de sol que atravesaba la vela bañaba en luz su frente melancólica. También la de Herodías mostraba ya algunas arrugas; y uno frente a otro se contemplaban de una manera despiadada.

Comenzaban a poblarse los caminos de la montaña. Pastores que aguijaban a sus bueyes, niños llevando del ramal a sus asnos, palafreneros conduciendo caballos. Los que bajaban las alturas, al otro lado de Machærus, desaparecían detrás del castillo; otros subían la torrentera, y al llegar a la ciudad depositaban su carga en los patios. Eran los proveedores del Tetrarca y la servidumbre que precedía a sus invitados.

Pero en el fondo de la terraza, a la izquierda, apareció un esenio, vestido de blanco, descalzo, de aspecto estoico. Mannaei se abalanzó del lado derecho, levantando su cuchillo. Herodías gritó: "¡Mátale!"

—¡Detente!—dijo el Tetrarca.

Y permaneció inmóvil. El otro también.

Después se retiraron cada uno por una escalera distinta, andando de espaldas, sin dejar de mirarse.

—Le conozco—dijo Herodías—, se llama Phaniel y trata de ver a Iaokanann, ya que tú tienes la ceguera de encerrarle vivo.

Antipas objetó que algún día quizá pudiera servirle. Sus ataques contra Jerusalén les atraían a ellos el resto de los judíos.

—¡No!—repuso Herodías—. Los judíos aceptan

todos los amos, y no son capaces de crearse una patria.

En cuanto al que perturbaba al pueblo con las esperanzas mantenidas desde Nehemias, lo mejor era suprimirlo.

Según el Tetrarca, no había motivo para precipitarse. “¡Iaokanann peligroso! ¡Vamos!”, y aparentaba tomarlo a risa.

—¡Cállate!—. Entonces ella volvió a referir su humillación el día en que se halló en el camino de Galaad, cuando la cosecha del bálsamo—. Había, a orillas del río, muchas personas que volvían a ponerse sus vestidos, y al lado, sobre un montículo, un hombre les hablaba. Llevaba alrededor de los riñones una piel de camello, y su cabeza parecía la de un león. En cuanto me vió escupió sobre mí todas las maldiciones de los profetas. Sus pupilas llameaban; su voz, rugía; levantaba los brazos como para arrancar el trueno. ¡Imposible huir! Las ruedas de mi carro se habían hundido en la arena hasta los ejes, y tuve que alejarme lentamente, recogíendome en mi manto, helada por aquellas injurias que caían sobre mí como lluvia de tempestad.

Iaokanann no la dejaba vivir. Cuando le prendieron, atándole con ligaduras, los soldados tenían orden de coserle a puñaladas si se resistía; pero él se mostró dócil. Habían introducido serpientes en su prisión; pero las serpientes aparecieron muertas.

La inanidad de aquellas maquinaciones exaspe-

raba a Herodías. Además, ¿por qué luchaba contra ella? ¿Qué interés le guiaba? Sus discursos, gritados ante las multitudes, se habían extendido; circulaban, llenaban el aire, y por todas partes los oía. Contra el ataque de las legiones hubiera tenido valor. Pero aquella fuerza, más perniciosa que la cuchilla y que no se podía sujetar, era estupefaciente. Pensando en ello recorría la terraza pálida de ira, sin encontrar palabras que expresaran lo que la sofocaba.

Temía también que acaso el Tetrarca, cediendo a la opinión, se resolviera a repudiarla. Entonces, todo estaría perdido. Desde niña alimentaba el sueño de un gran imperio. Por llegar a realizarlo fué por lo que, desligándose de su primer esposo, se había unido a este otro que, probablemente, iba a defraudarla.

—¡Buen apoyo he buscado al entrar en tu familia!

—¡Vale lo que la tuya!—dijo sencillamente el Tetrarca.

Herodías sintió hervir en sus venas la sangre de los patriarcas y los reyes, sus antepasados.

—¡Pero si tu abuelo barría el templo de Ascalón! Y los otros eran pastores, bandidos, conductores de caravanas, una horda, tributaria de Judá desde los tiempos del rey David! ¡Todos mis ascendientes han vencido a los tuyos. El primero de los Makkaabí os arrojó de Hebrón. Hyrkan os obligó a circuncidaros!

Y exhalando el desprecio de la patricia hacia el

plebeyo, el odio de Jacob contra Edom, le reprochó su indiferencia ante los ultrajes; su debilidad ante los fariseos que le traicionaban; su cobardía para con el pueblo que la detestaba. “¡Tu eres como él, confíesalo! ¡Y te acuerdas de aquella muchacha árabe que danza alrededor de las piedras! ¡Tómala otra vez! ¡Vete a vivir con ella en su casa de tela! ¡Devora su pan cocido entre cenizas! ¡Traga la leche cuajada de sus ovejas! ¡Besa sus mejillas moradas! ¡Y no te acuerdes de mí!”

El Tetrarca no escuchaba ya. Miraba la azotea de su casa, donde estaba una joven, y a su lado una mujer vieja, sosteniéndola el quitasol de mango de bambú, largo como la caña de un pescador. En el centro del tapiz aparecía, abierto, un gran cesto de viaje. Cinturones, velos, arracadas de orfebrería, desbordaban de él, en revuelto montón. De vez en cuando la joven se inclinaba hacia aquellas cosas, y las sacudía al viento. Iba vestida como las romanas, con túnica rizada y peplo adornado de bellotas de esmeralda; unas correas azules sujetaban su cabellera, demasiado pesada, sin duda, porque a menudo se llevaba la mano para sostenerla. La sombra del quitasol se paseaba sobre ella, ocultándola a medias. Antipas divisó dos o tres veces su cuerpo delicado, el ángulo de sus ojos, el rinconcito de una boca pequeña, pero veía de las caderas a la nuca todo su tallo que se inclinaba, para levantarse después, de una manera elástica. Aguardando a verla otra

vez el mismo movimiento, su respiración se hacía más fuerte, y se encendían confusas llamas en sus ojos. Herodías lo observaba.

Preguntó Antipas:

—¿Quién es esa?

Ella respondió que no sabía, y se fué, calmada repentinamente.

Esperaban al Tetrarca bajo los pórticos los Galileos, el maestro de las escrituras, el jefe de los pastos, el administrador de las salinas y un judío de Babilonia, que mandaba a sus jinetes. Todos le saludaron con una aclamación. Luego desapareció hacia las habitaciones interiores.

Surgió Phanuel en el ángulo de un corredor:

—¡Ah! ¡Otra vez! ¿Vienes por Iaokanann, sin duda?

—Y por ti. Tengo que comunicarte una cosa importante.

Y, sin separarse de Antipas, penetró detrás de él en una habitación más oscura.

Caía la luz por un enrejado que corría todo lo largo de la cornisa. Los muros estaban pintados de un color granate, casi negro. En el fondo se extendía un lecho de ébano con abrazaderas de piel de vaca. Encima, relucía como un sol un escudo de oro.

Antipas atravesó toda la sala, y se acostó en el lecho.

Phanuel estaba en pie. Alzó su brazo y dijo en actitud inspirada:

—El Altísimo envía, en ocasiones, un hijo suyo.

Iaokanann es de éstos. Si tú le oprimes, serás castigado.

—¡Es él quien me persigue!—gritó Antipas—. Ha deseado de mi una acción imposible, y a partir de entonces me despedaza. Y yo, al principio, no era duro con él. Ha llegado a mandar desde Machærus emisarios que sublevan mis provincias. ¡Desgraciado de él! ¡Puesto que me ataca, yo me defiendo!

—Sus cóleras tienen demasiada violencia—replicó Phanuel—; pero no importa. Es preciso libertarle.

—¡No se suelta a las bestias feroces!—dijo el Tetrarca.

El esenio respondió:

—No te inquietes ya. Llegaré hasta los árabes, los galos y los escitas. Su obra debe extenderse hasta el fin de la tierra.

Antipas pareció perderse en una visión.

—Su poder es fuerte; a despecho mío, yo le amo.

—Entonces, ¿quedará libre?

El Tetrarca movió la cabeza. Temía a Herodías, a Mannaëi y al desconocido.

Phanuel trató de persuadirle, alegando, como garantía de sus proyectos, la sumisión de los esenios a los reyes. Aquellos hombres pobres, indomables por medio del suplicio, vestidos de lino y que leían el porvenir en las estrellas, eran muy respetados.

Antipas se acordó de una palabra que Phanuel acababa de pronunciar.

—¿Cuál es esa cosa importante que me anunciabas?

Apareció en esto un negro, todo el cuerpo blanco de polvo, alentando y sin tener fuerza más que para decir:

—¡Vitelio!

—¿Cómo? ¿Viene?

—¡Le he visto yo! Antes de tres horas está aquí.

Las cortinas de los corredores se movieron como si las excitara el viento. Un rumor llenó el castillo. Un estruendo de gente que corría, muebles arrastrados por el pavimento, vajilla de plata que se desploma. Desde lo alto de las torres sonaron las bocinas para advertir a los esclavos dispersos.

II

Las murallas estaban cubiertas de gente cuando Vitelio entró en la plaza. Apoyábase en el brazo de su intérprete, y le seguía una gran litera roja, adornada de penachos y espejos. Llevaba puestos la toga, la laticlavia y los brodequines de cónsul, y los lictores rodeaban su persona.

Plantaron delante de la puerta sus doce haces, las varas atadas por una correa, con el hacha en medio. Todos temblaron, entonces, ante la majestad del pueblo romano.

La litera, que conducía ocho hombres, se detuvo, y salió de ella un adolescente ventrudo, de

rostro granujiento, con los dedos cubiertos de perlas. Le ofrecieron una copa llena de vino aromático. La bebió y pidió otra.

El Tetrarca se había arrojado a las rodillas del procónsul, pesaroso—decía—de no haber conocido antes el favor de su presencia. De no ser así, hubiera dispuesto todo lo necesario para el paso de los Vitelios. Descendían éstos de la diosa Vitelia. Un camino que conduce de Janículo al mar, lleva todavía su nombre. Las cuesturas, los consulados, eran innumerables en su familia. En cuanto a Lucio, su huésped, se le debía gratitud como vencedor de Elitos y como padre del joven Aulio, que parecía regresar a sus dominios, puesto que el Oriente era la patria de los dioses. Tales hipérbolos fueron expresadas en latín, y Vitelio las aceptó impasible.

Respondió él que el gran Herodes bastaba para la gloria de una nación. Los atenienses le habían concedido la superintendencia de los juegos olímpicos. Había erigido templos en honor de Augusto, siendo paciente, ingenioso, terrible y siempre fiel a los Césares.

Entre las columnas de capitel bronceo se divisó a Herodías avanzando con ademán de emperatriz, rodeada de mujeres y eunucos que sostenían en bandejas de plata perfumes encendidos.

El procónsul salió tres pasos a su encuentro, y la saludó con una inclinación de cabeza.

—¡Qué júbilo—gritó Herodías—saber que Agri-

pa, el enemigo de Tiberio, no está ya, desde ahora, en condiciones de hacer daño!

Ignoraba Vitelio el suceso, y aquella mujer que hablaba así le pareció peligrosa, y como Antipas jurase que él lo haría todo por el emperador, le preguntó:

—¿Aun en daño de otros?

Había tomado rehenes del rey de los parthos, sin que el emperador pensara en ello; y Antipas, presente a la conferencia, para hacerse valer, había expedido en seguida la noticia. Esto era lo que había atraído su profundo rencor y lo que causó el retraso en facilitarle socorros.

Balbuceó el Tetrarca; pero Aulio dijo riendo:

—¡Tranquilízate! ¡Yo te protejo!

El procónsul aparentó no haber oído. La fortuna del padre dependía de la indignidad del hijo, y aquella flor del fango de Cáprea le procuraba beneficios tan considerables, que le rodeaba de atenciones, aun desconfiando de ella, porque era realmente venenosa.

Oyóse gran tumulto a la puerta, y fué introducida una recua de mulas blancas, montadas por personas vestidas en traje sacerdotal. Eran los saduceos y fariseos que iban a Machærus, empujados por igual pretensión: los primeros, queriendo obtener la sacrificatura, y los segundos, queriendo conservarla. Eran sombríos sus rostros, sobre todo los de los fariseos, enemigos de Roma y del Tetrarca. El vuelo de sus túnicas les estorbaba en la confusión, y la tiara vacilaba en su

frente por encima de las tiras de pergamino, donde llevaban trazados fragmentos de las escrituras.

Casi al mismo tiempo llegaron los soldados de la vanguardia. Habían metido sus escudos en sacos para preservarlos del polvo, y detrás de ellos iba Marcelo, lugarteniente del procónsul, con dos publicanos que apretaban debajo del brazo sus tabletas de madera.

Antipas presentó a los principales de su corte: Tolmai, Kanthera, Sehón, Ammonio de Alejandría, que le compraba el asfalto; Naaman, capitán de sus tropas ligeras; Iacim, el babilonio.

Vitelio había reparado en Mannaei.

—¿Y ese quién es?

El Tetrarca le hizo comprender con un gesto que era el verdugo.

Luego presentó a los saduceos.

Yonathas, un hombrecito ágil de movimientos y que hablaba griego, rogó al señor que les honrara con una visita a Jerusalén. Probablemente, iría.

Eleazar, con su larga barba y su nariz aguileña, reclamó para los fariseos el manto del gran sacerdote, detenido en la torre Antonia por la autoridad civil.

Luego, los galileos denunciaron a Poncio Pilatos. Con ocasión de cierto loco que buscaba los vasos de David en una caverna cerca de Samaria, había matado a muchos habitantes. Todos hablaban a un tiempo. Mannaei, más violento que los

demás. Vitelio afirmó que los criminales serían castigados.

Frente al pórtico, donde los soldados habían colgado sus escudos, estallaron agrias vociferaciones. Las cubiertas estaban deshechas, y se veía sobre el *umbo* la imagen de César. Esto era para los judíos una idolatría. Antipas les arengó, mientras Vitelio, al pie de las columnas, sentado en su alto sitial, se asombraba de su furor. Había hecho bien Tiberio en desterrar a cuatrocientos en Cerdeña. Pero aquí, en su tierra, eran más fuertes, y mandó retirar los escudos.

Entonces rodearon al procónsul, implorando reparación de injusticias, privilegios, limosnas. Se destrozaban las ropas, se aplastaban, y para hacer sitio, los esclavos golpeaban con sus bastones a derecha e izquierda. Los más inmediatos a la puerta descendían por el sendero, mientras otros subían. Luego volvían. Cruzábanse dos corrientes en aquella masa de hombres que oscilaba comprimida en el recinto de las murallas.

Vitelio preguntó por qué había tanta gente. Antipas dijo la causa: era el festín de su cumpleaños, y le mostró a muchos hombres que, inclinados sobre las almenas, halaban con cuerdas inmensos cestos de viandas, frutas y legumbres. Subían también antílopes y cigüeñas, anchos pescados que azuleaban, uvas, sandías y pirámides de granadas. Aulio no se contuvo. Precipitóse hacia las cocinas, arrastrado por aquella gula que había de sorprender al universo.

Al pasar cerca de una cuerda divisó varias marmitas que parecían corazas. Vitelio fué a verlas. Luego exigió que le abrieran las habitaciones subterráneas de la fortaleza.

Estaban talladas en las rocas, en altas bóvedas, con pilares de distancia en distancia. La primera guardaba armaduras viejas; pero la segunda rebosaba de lanzas que alargaban todas sus puntas, emergiendo de un ramillete de plumas. La tercera parecía tapizada de estera de cañas, tan juntas estaban las finísimas flechas, colocadas perpendicularmente unas al lado de otras. Hojas de cimitarra cubrían las paredes de la cuarta. En medio de la quinta, las hileras de cascos, con sus crestas, figuraban un batallón de serpientes rojas. No se veía en la sexta más que carcajs; en la séptima, enémides; en la octava, brazaletes; en las siguientes, horcas, garfios, escalas, cuerdas, hasta maderos para las catapultas, ¡hasta cascabeles para el petral de los dromedarios!, y como la montaña iba ensanchándose hacia su base, agujereada por dentro como un panal de abejas, por debajo de aquellas habitaciones había otras más numerosas y todavía más profundas.

Vitelio, Fineas, su intérprete y Sisenna, jefe de los publicanos, las recorrieron a la luz de las antorchas que llevaban tres eunucos.

Entre la sombra aparecían cosas terribles inventadas por los bárbaros: rompecabezas guardados de clavos, dardos envenenados, tenazas

como mandíbulas de cocodrilo. En fin, el Tetrarca tenía en Machærus municiones de guerra para cuarenta mil hombres.

Había ido reuniéndoles en previsión de una alianza con sus enemigos. Pero el Procónsul podía creer, o aparentarlo, que eran para combatir a los romanos, y pedía explicaciones.

Desde luego no eran suyas; muchas servían para defenderse de los bandidos; otras hacían falta contra los árabes; también dijo que todo aquello había pertenecido a su padre. Y en vez de ir detrás del Procónsul, iba delante, con paso muy rápido. Luego se colocó pegado al muro que cubría con su toga, y con los dos codos separados; pero se veía lo alto de una puerta por encima de su cabeza. Vitelio la vió y quiso saber lo que allí se encerraba. Sólo el babilonio podía abrirla.

—“¡Llama al babilonio!”

Y esperaron.

Su padre había venido desde las orillas del Éufrates a ofrecerse al gran Herodes con quinientos caballeros, para defender las fronteras orientales. Después del reparto del reino, Iazim había permanecido en casa de Filippo, y ahora servía a Antipas.

Se presentó con un arco al hombro y un látigo en la mano. Cordones multicolores apretaban estrechamente sus piernas torneadas. Sus fuertes brazos salían de una túnica sin mangas, y un gorro de piel sombreaba su rostro, cuya barba llevaba rizada en anillos.

Al principio pareció no comprender. Pero Vite-lio lanzó una mirada a Antipas, el cual repitió en seguida la orden, y entonces Iazim aplicó sus dos manos contra la puerta, y ésta, sola, resbaló en el muro.

Un soplo de aire cálido se exhaló de las tinieblas. Penetraron en un pasadizo en curva, que les llevó a los umbrales de una gruta más amplia que los otros subterráneos.

Al fondo abríase una arcada sobre el precipicio, que defendía por aquel lado la ciudadela. Una madreselva trepando hasta la bóveda dejaba caer sus flores a la luz del día. A ras del suelo pasaba murmurando un hilillo de agua.

Habría allí hasta un centenar de caballos blancos, que comían la cebada en un gran tablero al nivel del hocico. Llevaban todos las crines pintadas de azul, los cascos en mitones de esparto y los pelos de entre las orejas caían sobre el frontal como una peluca. Con su cola, muy larga, sacudían blandamente los jarretes. El Procónsul quedó mudo de admiración.

Eran animales maravillosos, flexibles como serpientes, ligeros como pájaros. Partían con la flecha del jinete, derribaban a los hombres mordién-doles en el vientre, salvaban los obstáculos de las rocas, saltaban sobre los abismos, y durante un día entero sostenían su galope frenético por las llanuras; una palabra les detenía. En cuanto entró Iazim se fueron a él como borregos cuando aparece su pastor, y, estirando el cuello, le mi-

raban inquietos con sus ojos de niño. Por costumbre, lanzó desde el fondo de su garganta un grito ronco que les puso alegres y se encabritaron, hambrientos de espacio, deseando volar.

Temiendo que Vitelio se los llevara, Antipas los había encerrado en aquel lugar, destinado a los animales en caso de sitio.

—La cuadra es mala—dijo el Procónsul—; te expones a perderlos. Haz el inventario, Sissenna.

El publicano sacó una tablilla de su cinturón, contó los caballos y los inscribió.

Los agentes de las compañías fiscales corrompían a los gobernadores para saquear las provincias. Husmeaba éste por todas partes con su mandíbula de hurón y sus párpados.

Por fin subieron otra vez a la plaza.

Grandes placas circulares de bronce, desparradas por el pavimento, cubrían las cisternas. Observó una más grande que las otras. Las golpeó todas alternativamente, y luego, pateando, gritó:

—¡Ya lo tengo! ¡Ya lo tengo! ¡Aquí está el tesoro de Herodes!

La busca de aquellos tesoros era una locura de los romanos.

Juraba el Tetrarca que no existían.

Sin embargo, ¿qué había allí abajo?

—¡Nada! ¡Un hombre, un prisionero!

—¡Enséñalo!—dijo Vitelio.

El Tetrarca no obedeció, porque los judíos hu-

bieran conocido su secreto. Aquella resistencia impacientó a Vitelio.

—¡Hundid eso!—gritó a los lictores.

Mannaei había adivinado lo que les afanaba. Creyó al ver un hacha que iban a decapitar a Iaokanann, y detuvo al lictor al primer golpe sobre la plancha. Introdujo entre ella y el pavimento una especie de gancho; luego, estirando sus largos y nervudos brazos, la levantó suavemente, acabando por derribarla. Bajo la doble cubierta de madera extendíase una trampa de la misma dimensión. De un puñetazo separáronse las dos mitades, y apareció entonces un agujero, una enorme fosa que rodeaba una escalera sin rampa. Los que se asomaron al borde divisaron en el fondo una cosa incierta y espantable.

Había allí un ser humano echado en el suelo, bajo por la maraña de sus largos cabellos revueltos con las pieles de fiera que le abrigaban la espalda. Se levantó. Con la frente tocaba en una reja de barrotes horizontales, y de vez en cuando desaparecía en las profundidades de su antro.

Refulgía el sol en el remate de las tiaras y en el pomo de las espadas, caldeaba generosamente las losas; y las palomas, revoloteando desde sus pisos, daban la vuelta por encima del patio. Era la hora en que Mannaei acostumbraba a echarlas el grano. Ahora permanecía en cuclillas delante del Tetrarca, que estaba en pie junto a Vitelio. Galileos, sacerdotes y soldados formaban círculo

alrededor, todos silenciosos, con la angustia de lo que iba a ocurrir.

Lo primero fué un suspiro lanzado por cavernosa voz.

Desde el otro lado del palacio la oyó Herodías, y, vencida por extraña fascinación, atravesó la multitud y escuchó, con el cuerpo inclinado y una mano sobre el hombro de Mannaei.

La voz se alzó.

—¡Malditos seáis, fariseos y saduceos, raza de víboras, odres vacías, címbalos retumbantes!

Todos habían reconocido a Iaokanann. Circuló su nombre, y fueron llegando más gentes.

—¡Maldito seas tú, oh, pueblo!, y los traidores de Judá, y los borrachos de Efraim, y los que habitan el valle grasiento, y los que vacilan con los vapores del vino.

Que se disipen como agua derramada, como babosa que se funde al pisarla, como aborto de mujer que no ve la luz.

Tendrás que refugiarte, Moab, en los cipreses como los pajarillos, en las cavernas como los topos. Las puertas de tus fortalezas serán rotas más pronto que cáscaras de nuez, se abatirán los muros, arderán las ciudades, y las plagas del Eterno no se detendrán. Revolverá vuestros miembros en vuestra propia sangre, como lana en cuba de tintorero. Os desgarrará como rastrillo nuevo, desparramará por los montes los pedazos de vuestra carne.

¿De qué conquistadores hablaba? ¿Era de Vi-

telio? Sólo los romanos podían ocasionar tal exterminio. Oyéronse lamentos: “¡Basta!, ¡basta!, ¡que acabe!”

Iaokanann continuó más alto:

—¡Los niños se arrastrarán por la ceniza junto al cadáver de sus madres! Iréis de noche a buscar el pan a través de los escombros, y el puñal os acechará. Los chacales se disputarán los huesos en las plazas públicas, donde ahora charlan los viejos por las noches. Tus vírgenes, sorbiéndose sus lágrimas, tocarán la cítara en los festines del extranjero, y tus hijos, más valientes, bajarán el espinazo, desollados por fardos demasiado fuertes.

Volvía el pueblo los ojos a los días de su destierro y a todas las catástrofes de su historia. Así eran las palabras de los antiguos profetas, y Iaokanann las enviaba, como terribles golpes, una tras otra.

Pero luego, la voz fué haciéndose suave, armoniosa, cantarina. Anunciaba una liberación, el cielo lleno de esplendores, el recién nacido entrando en la caverna del dragón, oro en lugar de arcilla, y el desierto desvaneciéndose como una rosa. “Lo que ahora vale sesenta kicares, no costará ni un óbolo. Fuentes de leche brotarán en las rocas; se dormirá en los lagares con el vientre lleno. ¿Cuándo llegarás tú, a quien yo espero? ¡Desde ahora, todos los pueblos se arrodillan, y tu dominación será eterna, Hijo de David!”

El Tetrarca se echó hacia atrás, porque la exis-

tencia de un Hijo de David le ultrajaba como una amenaza.

Iaokanann le increpó por su reinado.—“¡No hay más rey que el Eterno!”—y por sus jardines, sus estatuas, sus muebles de marfil, como el impío Acab.

Antipas rompió la cadenilla del sello que llevaba colgado al pecho, y lo tiró en la fosa, mandándole que se callara. La voz contestó:

“Yo gritaré como un oso, como un asno salvaje, como una mujer que pare.

”El castigo de tu incesto lo tienes ya. Dios te aflige con la esterilidad del mulo.”

La multitud estalló en risas, semejantes al chapoteo de las olas.

Vitelio se obstinó en permanecer. El intérprete repetía, con tono impasible, en la lengua de los romanos, todas las injurias que Iaokanann decía en la suya. El Tetrarca y Herodías se veían forzados a escucharlas dos veces. Jadeaba él, mientras ella contemplaba, embebida, el fondo del pozo.

Aquel hombre terrible volvió la cabeza, y, empuñando los barrotes, apretó contra ellos el rostro hirsuto, como un matorral, en el que brillaban dos ascuas.

“¡Ah! ¿Eres tú, Iezabel?

”Tú te apoderaste de su corazón con el crujido de tu calzado. Tú relinchabas como yegua. Tú has levantado tu lecho en los montes para cumplir tus sacrificios.

"El Señor arrancará los pendientes de tus orejas, tus vestidos de púrpura, tus velos de lino, los anillos de tus brazos, las ajorcas de tus pies y las medias lunas de oro que tiemblan en tu frente, los espejos de plata, tus abanicos de plumón de avestruz, los chapines de nácar que elevan tu estatura, el orgullo de tus diamantes, las esencias de tus cabellos, la pintura de tus uñas, todos los artificios de tu molición, y faltarán guijarros para lapidar a la adúltera."

Buscó ella a su alrededor alguna defensa. Los fariseos bajaban hipócritamente los ojos. Los saduceos miraban a otro lado, temiendo ofender al Procónsul. Antipas parecía morir.

La voz aumentaba, se desenvolvía, rodaba con desgarramientos de trueno, y, repitiéndola el eco de la montaña, caía sobre Machærus en múltiples estallidos.

—¡Echate en el polvo, hija de Babilonia! ¡Manda moler la harina! ¡Desata tu cinturón y tu calzado, remángate y pasa los ríos! Tu vergüenza será descubierta, tu oprobio será visto, tus sollozos te romperán los dientes. El Eterno execra el hedor de tus crímenes. ¡Maldita, maldita! ¡Revienta como una perra!

La trampa se cerró, y al mismo tiempo se abatió la cubierta, Mannaëi quería estrangular a Iao-kanann.

Herodías desapareció. Los fariseos estaban escandalizados, y Antipas, en medio de ellos, se disculpaba.

—Sin duda—replicó Eleazar—es lícito casarse con la mujer de un hermano; pero Herodías no estaba viuda, y además tenía un hijo, y aquí es donde empieza la abominación.

—¡Error, error!—objetaba el saduceo Jonathas—. La ley condena esos matrimonios, sin proscribirllos en absoluto.

—¡No importa! Son muy injustos conmigo—decía Antipas—, porque, en fin, Absalón durmió con las mujeres de su padre: Judá, con su nuera; Ammon, con su hermana; Lot, con sus hijas.

Aulio, que se levantaba de dormir, apareció en aquel momento. Cuando se enteró del asunto, aprobó al Tetrarca. No debía molestarse por semejantes tonterías. Y se reía mucho del vituperio de los sacerdotes y del furor de Iaokannan.

Herodías, de pie sobre las gradas, se volvió hacia él.

—Te equivocas, señor. Iaokannan ordena al pueblo que niegue los impuestos.

—¿Es verdad eso?—preguntó en seguida el publicano.

Las respuestas fueron, por lo general, afirmativas, y el Tetrarca las reforzó.

Vitelio pensó que el prisionero podía fugarse, y como la conducta de Antipas le pareció sospechosa, puso centinelas en las puertas, a lo largo de los muros y en el patio.

Luego se fué hacia su cuarto. Las diputaciones de sacerdotes le acompañaron.

Sin abordar la cuestión de la sacrificatura, cada cual formuló sus agravios.

Todos le abrumaban, y al fin les despidió.

Jonathas acababa de salir, cuando pudo observar que en lo alto de una almena hablaba Antipas con un hombre de larga cabellera, vestido de blanco, un esenio, y entonces sintió haberle defendido.

Una reflexión había consolado al Tetrarca. Iao-kanann no dependía ya de su autoridad, puesto que los romanos se habían hecho cargo de él. Phanuel paseaba en aquel momento por el camino de ronda.

Le llamó, y, señalando a los soldados, dijo:

—Son los más fuertes. Yo no puedo librarle.
¡No es culpa mía!

El patio estaba desierto. Los esclavos descansaban. Sobre la púrpura del cielo, que inflamaba el horizonte, los menores objetos perpendiculares destacábanse en negro. Antipas distinguía las salinas al otro lado del mar Muerto, y no veía las tiendas de los árabes. ¿Se habrían marchado ya? Alzábase la luna. Dulcemente, iba sosegándose su corazón.

Phanuel, abrumado, permanecía con el mentón sobre el pecho. Por último, reveló cuanto tenía que decir.

Desde principios de mes estudiaba en el cielo, antes del alba, la constelación de Perseo, que se hallaba en el zénit. Agalah apenas se mostraba; Algol, brillaba menos. Mira-Coeti había desapa-

recido; por donde auguraba él la muerte de un hombre importante, aquella misma noche, en Machærus.

¿Quién? Vitelio estaba bien vigilado. A Iakannan no iban a ejecutarle. "Por lo tanto, soy yo", pensó el Tetrarca.

¿Acaso iban a volver los árabes? ¿Descubriría el Procónsul sus relaciones con los Parthos? Sicarios de Jerusalén escoltaban a los sacerdotes y llevaban puñales debajo de la ropa. El Tetrarca no dudaba de la ciencia de Phanuel.

Tuvo pensamiento de recurrir a Herodías. Sin embargo, la odiaba. Pero ella le daría valor, sin contar con que no estaban rotos todos los lazos del hechizo que en otro tiempo había sufrido.

Cuando entró en su cámara humeaba el cinamomo sobre la taza de pórvido de una fuente; polvos, ungüentos, gasas como nubes, bordados más ligeros que plumas aparecían allí dispersos.

No habló de la predicción de Phanuel ni de su miedo a los judíos y a los árabes; le hubiera tachado de cobarde. Habló sólo de los romanos. Vitelio no le había confiado nada de sus proyectos militares, y le suponía amigo de Cayo, que se comunicaba con Agripa, y podía desterrarle o acaso ahorcarle.

Herodías, con indulgencia desdeñosa, trató de tranquilizarle. Por fin, sacó de un cofrecillo una medalla singular, ornada con el perfil de Tiberio. Esto bastaba para hacer palidecer a los lictores y desvanecer las acusaciones.

Antipas, conmovido de gratitud, le preguntó cómo la tenía.

—Me la han dado—contestó ella.

Un brazo desnudo, un brazo joven, encantador y como torneado en marfil por Polycleto, alzó una cortina frente a ellos. De una manera algo desmañada, y, sin embargo, graciosa, rameó en el aire para coger una túnica olvidada sobre un escabel cerca de la pared.

Una mujer vieja se la entregó suavemente, abriendo la cortina.

El Tetrarca tuvo un vago recuerdo que no podía precisar.

—¿Es tuya esta esclava?

—¿Qué te importa?—respondió Herodías.

III

Los convidados llenaban la sala del festín.

Tenía ésta tres naves como una basílica, separadas por columnas de madera de alummium, con capiteles de bronce cubiertos de esculturas. Dos galerías con claraboyas se apoyaban encima, y al fondo se encorbaba una tercera galería, afilegrada de oro, frente a frente de un enorme arco de bóveda que se abría al otro lado.

Ardían los candelabros alineados en toda la longitud de las naves. Formaban como matas de fuego entre copas de tierra cocida y platos de cobre, cubos de nieve y montones de uva; pero

aquellas claridades rojizas se perdían progresivamente, a causa de la altura del techo, y brillaban puntos luminosos, como las estrellas en el cielo, al través de las ramas. Desde el hueco de la galería veíanse lucir antorchas en la terraza de todas las casas, porque Antipas festejaba a sus amigos, a su pueblo y a cuantos quisieran presentarse.

Esclavos vigilantes como perros, con los dedos del pie en sandalias de fieltro, circulaban conduciendo bandejas.

La mesa proconsular ocupaba bajo la tribuna dorada un estrado de tablas de sicomoro. Tapices de Babilonia la encerraban en una especie de pabellón.

Tres lechos de marfil, uno en frente y dos a los costados, sostenían a Vitelio, a su hijo y a Antipas; el del Procónsul, cerca de la puerta, a la izquierda; Aulio, a la derecha, y el Tetrarca, en medio.

Llevaba pesado manto negro, cuya trama desaparecía bajo un recamado de colores; las mejillas pintadas, la barba en abanico, y polvo azul en sus cabellos, sujetos por una diadema de pedrería. Vitelio conservaba su tahalí de púrpura, que caía en diagonal sobre una toga de lino. Aulio se había hecho anudar a la espalda las mangas de su vestido de seda violeta, guarnecida de plata. Los bucles de su cabellera formaban pisos, y un collar de zafiros brillaba en su pecho, blanco y graso como el de una mujer. Cerca de él, sobre

un lienzo y con las piernas cruzadas, se mantenía un niño muy lindo, que no cesaba de sonreír. Le había visto en las cocinas, y no podía ya pasarse sin él, y como no retenía bien su nombre caldeo, le llamaba sencillamente "el asiático". De vez en cuando se echaba en el triclinio. Entonces sus pies desnudos dominaban la asamblea.

A este lado estaban los sacerdotes y los oficiales de Antipas, los habitantes de Jerusalén, los primates de las ciudades griegas; y debajo del Procónsul, Marcelo, con los publicanos; los amigos del Tetrarca, los personajes de Kana, Ptolemaide y Jericó; luego, mezclados, viejos soldados de Herodes: doce tracios, dos germanos, un galo; cazadores de gacelas, pastores de la Idumea; el sultán de Palmira; marinos de Eziongaber. Cada cual tenía delante una galleta de pasta blanda para limpiarse los dedos, y, arqueando los brazos como cuello de buitre, tomaba aceitunas, nueces, almendras. Todos los rostros estaban alegres bajo su corona de flores.

Los fariseos las habían rechazado como una indecencia romana. Se estremecían cuando los salpicaban de gálbano e incienso, mixtura reservada a los usos del templo.

Aulio se frotó los sobacos, y Antipas le prometió toda una carga con tres banastas de este verdadero bálsamo que Cleopatra enviaba a Palestina.

Un capitán de su guarnición de Tiberiades, acabado de llegar, se situó detrás de él para hablarle

de acontecimientos extraordinarios. Pero su atención estaba repartida entre el Procónsul y lo que se decía en las mesas vecinas.

Se hablaba de Iaokanann y de gentes de su especie; Simón de Gitoi lavaba los pecados con fuego. Un llamado Jesús...

—¡El peor de todos!—gritó Eleazar—. ¡Qué infame charlatán!

Detrás del Tetrarca se levantó un hombre, pálido como el bordado de su clámide. Bajó el estrado, e interpelando a los fariseos:

—¡Mentira! ¡Jesús hace milagros!

Antipas querría verlo.

—Hubieras debido traerlo. ¡Infórmanos!

Entonces el hombre contó que él, Jacob, teniendo una hija enferma, se había dirigido a Cafarnaum para rogar al Maestro que tratase de curarla. El Maestro había respondido: “¡Vuelve a tu casa, está curada!” Y al volver la había encontrado en el umbral, porque se levantó de la cama cuando el gnomón del castillo marcaba la hora tercia, el instante mismo en que él se acercaba a Jesús.

Sin duda, objetaron los fariseos, existen prácticas, hierbas poderosas. Aquí mismo, en Machærus, se encuentra alguna vez el baarás, que hace invulnerable a quien lo usa; pero curar sin ver ni tocar era cosa imposible, a menos que Jesús utilizase a los demonios.

Y los amigos de Antipas, los primates de Galilea, asentían, moviendo la cabeza:

—Los demonios, evidentemente.

Jacob, de pie entre su mesa y la de los sacerdotes, callaba en actitud altiva, y al mismo tiempo dulce.

Todos le intimaban para que hablase: “¡Justifica su poder!”

Se encogió de hombros, y en voz baja, lentamente, como espantado de sí mismo:

—Pero ¿no sabéis qué es el Mesías?

Todos los sacerdotes se miraron, y Vitelio pidió la explicación de la palabra. Su intérprete tardó un minuto antes de responder.

Llamaban así a un libertador que había de traerles el goce de todos los bienes y el dominio de todos los pueblos. Algunos llegaban a sostener que era preciso contar con dos. El primero sería vencido por Gog y Magog, dos demonios del Norte; pero el otro había de exterminar al Príncipe del Mal; y desde hacía siglos le esperaban a cada instante.

Puestos de acuerdo los sacerdotes, tomó la palabra Eleazar.

Ante todo, el Mesías había de ser hijo de David y no de un carpintero. Vendría a confirmar la ley, y este nazareno la ataca. Además—argumentó más fuerte—, debía ser precedido por la venida de Elías.

Jacob replicó:

—Pero ¡Elías ha venido ya!

—¡Elías! ¡Elías!—repitió la muchedumbre, hasta el otro extremo de la sala.

Todos vieron con la imaginación a un anciano bajo un vuelo de cuervos, al rayo encendiendo el altar: los pontífices idólatras arrojados a los torrentes. En sus tribunas, las mujeres pensaban en la viuda de Saccepta.

Jacob se fatigaba repitiendo que le conocía, que él le había visto, y el pueblo también.

—¡Su nombre!

Entonces gritó con todas sus fuerzas.

—¡Iaokanann!

Antipas se retorció como si hubiera sido herido en medio del pecho. Los saduceos habían saltado sobre Jacob. Eleazar peroraba para hacerse oír.

Cuando se restableció el silencio, dobló su manto y dijo, como un juez que propone sus preguntas:

—¡Puesto que el profeta ha muerto!...

Interrumpiéronle murmullos. No se creía en la muerte de Elías, sino en su desaparición.

Se volvió contra la muchedumbre, y luego continuó su interrogatorio:

—¿Tú piensas que ha resucitado?

—¿Por qué no?—dijo Jacob.

Los saduceos alzaron los hombros. Jonathas, entornando sus ojuelos, se esforzaba en reír, lo mismo que un bufón. Nada tan necio como la pretensión del cuerpo a la vida eterna; y declamó, para el Procónsul, este verso de un poeta contemporáneo:

Nec crescit, nec post mortem durare videtur.

Mientras tanto, Aulio estaba inclinado al borde del triclinio, la frente sudorosa, el rostro verde, los puños sobre el estómago.

Los saduceos fingieron una gran emoción—al día siguiente les era concedida la sacrificatura—; Antipas aparentó gran desesperación. Vitelio permaneció impassible. Sin embargo, sus angustias eran reales y violentas, porque con su hijo perdía su fortuna.

Aulio acabó por vomitar, y no había concluído aún cuando ya pedía de comer otra vez.

—¡Que me den raspaduras de mármol, esquistos de Naxos, agua del mar, sea lo que sea! ¿Y si tomase un baño?

Masticó nieve, y luego, dudoso entre una terrina de Commagenes y unos mirlos en agua de rosas, se decidió por unas berenjenas meladas. El asiático le contemplaba, considerando que esta facultad de engullir denotaba un ser prodigioso y de raza superior.

Sirvieron luego riñones de toro, lirones, ruiseñores, picadillo en hojas de pámpano, mientras los sacerdotes discutían sobre la resurrección. Ammonio, discípulo de Filón, el platónico, los juzgaba estúpidos, y así se lo decía a unos griegos que se reían de los oráculos. Marcelo y Jacob se habían unido. El primero narraba al segundo la alegría que sintió cuando el bautismo de Mithra, y Jacob le animaba a seguir al Maestro, a Jesús. Los vinos de Palma y de Tamarindo, los de Safet y de Biblos, corrían de las ánforas a las cráte-

ras, de las cráteras a las copas, de las copas a los gaznates. Iazim, aunque judío, no ocultaba su adoración a los planetas. Un mercader de Aphaka aturdía a los nómadas, detallándoles las maravillas del templo de Hierápolis; y ellos le preguntaron cuánto costaría la peregrinación. Ctros le sostenían en su religión nativa. Un germano, casi ciego, cantó un himno celebrando aquel promontorio de la Escandinavia, donde los dioses aparecen con sus rostros aureolados de rayos; y las gentes de Sichem no comieron tórtolas por atención a la paloma Azima.

Muchos hablaban de pie, en medio de la sala; y el vaho de los alientos, con el humo de los candelabros, formaba una niebla en el aire. Phanuel pasó a lo largo de las murallas. Venía de estudiar otra vez el firmamento; pero no avanzó hasta el Tetrarca temiendo las manchas de aceite, que para los esenios eran una gran abominación.

Sonaron fuertes golpes contra la puerta del castillo.

Ahora ya se sabía que Iaokanann estaba preso allí. Hombres con teas escalaban el sendero, una masa negra hormigueaba en el barranco, y de vez en cuando aullaban: “¡Iaokanann! ¡Iaokanann!”

—Todo lo perturba—dijo Jonathas.

—No habrá dinero si continúa—agregaron los fariseos.

Y partieron recriminaciones.

—¡Protégenos!

—¡Que acabe esto de una vez!

—Tú abandonas la religión.

—Impío, como todos los Herodes.

—Menos que vosotros—replicó Antipas—. Mi padre fué quién edificó vuestro templo.

Entonces los fariseos, los hijos de los proscritos, los partidarios de los Matatías, acusaron al Tetrarca de los crímenes de su familia.

Tenían el cráneo puntiagudo, barba erizada, manos débiles y viciosas, la cara chata, gruesos ojos redondos y aire de perros de presa. Una docena, escribas y criados de los sacerdotes, nutridos por las sobras de los holocaustos, se lanzaron hasta el pie del estrado y amenazaron con los cuchillos a Antipas que los arengaba, mientras que los saduceos le defendían muy tibiamente. Divisó a Mannaei, y le hizo señas de que se fuera, habiendo indicado Vitelio por su continente que aquellas cosas no le importaban a él.

Los fariseos, sin moverse de sus triclinios, entraron de pronto en furor demoníaco, y rompieron los platos que tenían delante. Les habían servido al guiso preferido de Mecenas, el del asno salvaje, una carne inmunda.

Aulio les satirizó a propósito de la cabeza de asno, a la que, según dicen, tributan honores, y lanzó otros sarcasmos sobre su antipatía por el cerdo. Sin duda era porque este gordo animal había matado a su Baco; y ellos amaban demasiado el vino, ya que en su templo se descubrió una viña de oro.

Los sacerdotes no comprendían aquellas pala-

bras. Fineas, galileo de origen, se negó a traducirlas. Entonces su cólera fué desmedida, tanto más cuanto que el asiático, lleno de miedo, había desaparecido; y la comida le desagradaba, los manjares le parecían vulgares, insuficientemente disfrazados. Se calmó, al fin, viendo ciertos rabos de oveja siria, que eran como paquetes de grasa.

El carácter de los judíos le parecía odioso a Vitelio. Su Dios bien podía ser Moloch, a quien erigían altares que él mismo había encontrado por los caminos; y vinieron a su recuerdo los sacrificios de niños, con la historia del hombre que cebaban misteriosamente. Su corazón y su estómago de latino estaban revueltos de asco por su intolerancia, su furor iconoclasta, su tozudez brutal. El Procónsul quería partir, pero Aulio se negó.

Con las ropas desceñidas hasta las caderas, yacía detrás de un montón de vituallas, demasiado repleto para engullirlas, pero obstinado en no dejarlas.

La exaltación del pueblo iba en aumento. Se entregaban a proyectos de independencia, se recordaba la gloria de Israel. Todos los conquistadores habían sido castigados. Antígona, Craso, Varo...

—¡Miserables!—dijo el Procónsul, porque entendía el siriaco, y su intérprete no le servía sino para darle más tiempo a responder.

Antipas, rápido, sacó la medalla del emperador, y, observándole trémulo, la presentó del lado de la imagen.

En esto, abriéronse de pronto los cortinajes de la tribuna de oro, y a la fastuosa luz de los cirios, rodeada de sus esclavas, entre festones de anémonas, apareció Herodías, tocada con una mitra asiria sujeta a la frente por un barboquejo, tendidos sus cabellos en espirales sobre un peplo escarlata, hendido a lo largo de las mangas. Dos monstruos de piedra, semejantes a los del tesoro de los atridas, alzábanse frente a la puerta, y así, semejante a Cibele acompañada de sus leones, desde lo alto de la balaustrada que dominaba a Antipas, con una pátera en la mano, gritó:

—¡Larga vida al César!

Este homenaje fué repetido por Vitelio, Antipas y los sacerdotes.

Pero del fondo de la sala llegó un murmullo de sorpresa y admiración. Acababa de entrar una joven.

Bajo un velo azulado que la tapaba la cabeza y el pecho, se distinguían los arcos de sus ojos, las calcedonias de sus orejas, la blancura de su piel. Cubría sus hombros un cuadrado de seda tornasolada, sujeto a los riñones por un cinturón de orfebrería. Sus calzones negros estaban sembrados de mandrágoras, y de una manera indolente iba sonando sus menudas pantuflas de plumón de colibrí.

En lo alto del estrado se quitó su velo. Era Herodías, tal como en otro tiempo, cuando era joven. Luego se puso a danzar.

Pasaban sus pies, uno delante del otro, al rit-

mo de la flauta y de un par de crótalos. Sus brazos torneados llamaban a alguien que huía siempre. Ella le perseguía, más ligera que una mariposa, como Psiquis comprometida, como alma vagabunda, y parecía presta a emprender el vuelo.

Los sones fúnebres de las gringas reemplazaron a los crótalos. A la esperanza seguía el aplanaamiento. Sus actitudes expresaban suspiros, y corría por toda su persona tan deliciosa languidez, que no se sabía si lloraba a un dios o si moría de sus caricias. Con los párpados entreabiertos, retorció la cintura, balanceaba su vientre con ondulaciones de ola, hacía retemblar sus dos senos, y el rostro permanecía inmóvil y los pies no se detenían.

Vitelio la comparó a Mnester, el pantomimo. Aulus vomitaba todavía. El Tetrarca se perdía en un ensueño, y ya no pensaba en Herodías. Le pareció verla cerca de los saduceos. La visión se alejó.

No era, sin embargo, una visión. Herodías había hecho educar lejos de Machærus a Salomé, su hija, para que el Tetrarca la amara; y la idea era buena. Ahora estaba segura de ello.

Fueron luego los transportes de amor que quiere ser saciado. Danzó como las sacerdotisas de la India, como las nubias de las cataratas, como las bacantes de Lidia. Se revolvía por todos lados, semejante a una flor agitada por la tempestad. Saltaban los brillantes de sus orejas. El tornasol de su espalda daba bruscos cambiantes;

brotaban de sus brazos, de sus pies, de sus vestidos, innumerables e invisibles chispas, que inflamaban a los hombres. Cantó un arpa. La multitud la acogió con aclamaciones. Sin doblar sus rodillas, separando las piernas, se encorvó tanto, que su mentón rozó con las tablas, y los nó-madas, habituados a la abstinencia, los soldados de Roma expertos en placeres, los avaros publicanos, los viejos sacerdotes, agriados por las disputas, todos, dilatando las ventanas de su nariz, palpitaban de deseo.

Después giró alrededor de la mesa de Antipas frenéticamente, como el rombo de las hechiceras, y él la decía con la voz entrecortada por sollozos de voluptuosidad: "¡Ven, ven!" Giraba ella sin cesar, sonaban los salterios próximos a estallar. La muchedumbre, aullaba. Pero el Tetrarca gritaba más fuerte: "¡Ven, ven! ¡Será tuyo Cafarnaum! ¡La llanura de Tiberiades! ¡Mis ciudades! ¡La mitad de mi reino!

Echándose ella sobre las manos, con los talones en el aire recorrió el estrado como un enorme escarabajo; y se detuvo bruscamente.

Su nuca y sus vértebras formaban ángulo recto. Los forros de color que envolvían sus piernas, pasando por encima del hombro, como arco iris, destacaban su rostro a un codo del suelo. Sus labios estaban pintados, sus cejas muy negras, sus ojos casi terribles y dos gotitas en su frente parecían rocío sobre mármol blanco.

No hablaba ella. Se miraron.

Sonó en la tribuna un chasquido de dedos. Subió allí, reapareció, y cerrando un poco pronunció estas palabras, con expresión infantil:

—Quiero que me des en un plato la cabeza...

Había olvidado el nombre, pero repuso, sonriendo: “¡La cabeza de Iaokanann!”

El Tetrarca se hundió sobre sí mismo, aplastado.

Estaba obligado por su palabra, y el pueblo esperaba. Pero al aplicarse a otro la muerte que habíale predicho, ¿quedaba ya conjurada la suya? Si Iaokanann era realmente Elías, podría sustraerse. Si no lo era, matarle no tenía importancia.

Mannaei estaba a su lado, y comprendió su intención.

Vitelio le llamó para confiarle la consigna de los centinelas que guardaban la fosa.

Aquello fué como si se quitara un peso de encima. ¡Dentro de un minuto, todo habría acabado!

Sin embargo, Mannaei no entró en faena tan pronto.

Volvió, pero descompuesto.

Cuarenta años llevaba ya en el ejercicio de sus funciones de verdugo. El fué quien ahogó a Aristóbulo, estranguló a Alejandro, quemó vivo a Matatías, decapitó a Zosimo, Pappus, Antipater y Josefo... ¡y no se atrevía a matar a Iaokanann! Los dientes le castañeteaban, y temblaba todo su cuerpo.

Había visto delante de la fosa al Gran Angel de los samaritanos, todo cubierto de ojos y blandiendo una inmensa espada, roja, dentellada como la llama.

Dos soldados que le acompañaron podían atestiguarlo.

Los soldados nada habían visto, salvo a un capitán judío que quiso arrojarse sobre ellos, y que ya no existía.

El furor de Herodías se derramó en un torrente de injurias populacheras y sangrientas. Se rompió las uñas en el enrejado de la tribuna, y los dos leones esculpidos parecían morder sus hombros y rugir como ella.

Antipas la imitó; sacerdotes, soldados, fariseos, todos reclamaban una venganza, y los demás parecían indignados de que se les retrasase un deleite.

Mannaei salió cubriéndose la cabeza.

Los convidados encontraron más largo todavía el tiempo que la primera vez. Se aburrían.

De pronto retumbó ruido de pasos por los corredores. El malestar llegaba a ser intolerable.

La cabeza llegó, y Mannaei la traía de los cabellos, al extremo de su brazo, orgulloso de los aplausos.

Cuando la hubo puesto sobre un plato, se la ofreció a Salomé.

Subió ella, ligera, a la tribuna. Muchos minutos después la cabeza fué traída por aquella vieja que el Tetrarca había divisado por la mañana

en la terraza de una casa, y más tarde en la cámara de Herodías.

Antipas retrocedió para no verla. Vitelio arrojó una mirada indiferente.

Descendió del estrado Mannaiei, y la exhibió a los capitanes romanos, luego a todos los que comían por aquel lado.

La examinaron.

La hoja aguda del instrumento, resbalando de alto a abajo, había rozado la mandíbula. Una convulsión plegaba las comisuras de la boca. Sangre, cuajada ya, salpicaba la barba. Los párpados cerrados eran pálidos como dos conchas, y los candelabros de alrededor enviaban sus rayos.

Llegó a la mesa de los sacerdotes. Un fariseo, curioso, la volvió, y Mannaiei, después de colocarla otra vez a plomo, la puso delante de Aulio, que despertó. Desde el arco de sus cejas, las pupilas muertas y las pupilas apagadas parecieron decirse alguna cosa.

En seguida, Mannaiei la presentó a Antipas. Por las mejillas del Tetrarca corrieron lágrimas.

Apagábanse los hachones. Salían los convidados, y no quedó en la sala más que Antipas, con la mano en la sien, y mirando sin cesar la cabeza cortada, mientras Phanuel, de pie en medio de la inmensa nave, murmuraba oraciones, con los brazos extendidos.

En el instante en que se alzaba el sol, dos hombres enviados hacía algún tiempo por Iaokanann llegaron con la respuesta tan ardientemente esperada.

Confíaronla a Phanuel, que tuvo un éxtasis de alegría.

Luego les mostró el lúgubre objeto sobre la bandeja, entre los restos del festín. Uno de los hombres le dijo:

—¡Consuélate. Ha descendido entre los muertos para anunciar al Cristo.

El esenio comprendió entonces aquellas palabras: “Para que crezca él, es preciso que yo disminuya.”

Y habiendo tomado la cabeza de Iaokanann, los tres se fueron hacia Galilea.

Como pesaba mucho, la llevaban alternativamente.

FIN

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
Un corazón sencillo.....	7
La leyenda de San Julián el Hospitalario.....	56
Herodías	97



B.P. de Soria



61166687

DR 1303

PLA

CO

D

13

HAUBERT

—
TRES
CIENTOS

DR

1303